DOÑA MENCÍA,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO

DE

D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Agosto de 1848.

PERSONAS.

DOÑA MENCÍA.
DOÑA INES.
DON GONZALO.
DON GUTIERRE.
CHACON.
SALOMÉ.
SEIS DAMAS.
UNA TORNERA DE UN CONVENTO.
RELIGIOSAS.
UN COMISARIO DE LA INQUISICION.
ALGUACILES DE IDEM.
UNA CRIADA.
CRIADOS.

La escena es en Madrid: el primer acto en un jardi y el segundo en una sala de casa de doña Mencía; el último en un convento.

La accion pasa á principios del siglo XVII.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cualfuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardin. Por la derecha del actor se va á una puerta que da á la calle, por la izquierda á la que comunica con la casa. Un cenador en el fondo, y dos mesas de piedra en el proscenio, una á cada lado. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MENCÍA. DON GUTIERRE. CHACON.

(Salen los tres por la izquierda, doña Mencía en trage como de beata, y don Gutierre con el escudo de la inquisicion.)

D.ª Mencia. ¿Es aqui la cita?
Chacon. Aqui.
D.ª Mencia. Gentil enredo averiguo.
Y un criado tan antiguo
como tú ¡me vende asi!
Chacon. Yo nunca traiciones hago.
Cuando de Madrid partió
vuesarced, ¿á quién dejó
por ama?
D. Mencia. Aqui y en Santiago
yo era siempre la señora,
y en tí mi hermana debia...
Chacon. ¡Haber tenido un espía
de sus pasos! En buen hora
si se me hubiese mandado.
Mandóseme obedecer:
¿qué me tocaba?
D. Gutier. Oir y ver...
Chacon. Y callar, como he callado.
D. Gutier. Y denunciarnos el nombre

y señas...

Chacon. ¿Sé yo escribir
acaso?

D. Gutier. Y no recibir
dinero de ese buen hombre.

Chacon. ¡Yo!

D. Gutier. Vaya, hermano Chacon,
no me lo quiera negar:
sabe que soy familiar
de la santa inquisicion.
Adelante, pues confiesa
la culpa de fautoría.

Chacon. Ya dije cuanto sabia.

D. Gutier. Mala escapatoria es esa.

D.ª Mencia. Vamos, declara...

Chacon. Sin fruto
me atosigan usarcedes;
que á no mentir...

D. Gutier. No te quedes
confidente diminuto.

D.ª Mencia. Ese galan, di, ¿quién es?

D. Gutier. Trata de espontanearte.

Chacon. Es un hombre de buen arte
que pretende á doña Inés
y se llama don Gonzalo.
¿No lo he dicho ya? ¡Qué afan!

D.ª Mencia. Tú quieres perder mi pan.

D. Gutier. Tú quieres que agarre un palo...

Chacon. No me trastornen el juicio.

D. Gutier. Yo te emplazo...

Chacon. Don Gutierre,
si sé mas, que se me encierre
mañana en el santo oficio.

D.ª Mencia. ¿Y hay en ese galanteo
cada dia su papel
de él á ella?

Chacon. Y de ella á él.

D. Gutier. Y Chacon es el correo.

D.ª Mencia. ¿Es cierto que no ha tenido
nunca del jardin la llave
don Gonzalo, y que no sabe
mi casa ni mi apellido?

Chacon. Primera vez que trasnocha
es esta: no se han hablado
sino en el Parque, en el Prado...
en el Soto... y en Atocha.
D. Gutier. Mira...
Chacon. Usarcedes recelan
sin causa de mí.
D.ª Mencia. Veremos.
D. Gutier. Por ahora le daremos
absolucion *ad cautelam*,
si fiel y debidamente
nos sirve.
Chacon. Gallego soy.
D.ª Mencia. Vé por ese galan.
Chacon. Voy,
que ya le tendré impaciente.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA II.

DOÑA MENCÍA. DON GUTIERRE.

D.ª Mencia. ¡Amoríos en mi casa,
templo de la honestidad!
D. Gutier. Ahora determinad,
ya que os dije cuanto pasa.
De vuestra hermana y de vos
he tenido la tutela,
y os puede servir de escuela
mi conducta con las dos.
La templanza en caso igual
hace...
D.ª Mencia. Pecais de indulgente.
D. Gutier. Aprende uno á ser clemente
de aquel santo tribunal.
Yo cuando la fé se salva
disculpo cualquier error,
¡ay! y para los de amor
fuí siempre como una malva.
D.ª Mencia. Yo mas rígida seré.
D. Gutier. Vos sois jóven todavía:
no digais, doña Mencía,

que tienen
la Barriga Brecia

«de esta agua no beberé.»

D.ª Mencia. Quien los veinticinco cuenta
sin que al amor se sujete...

D. Gutier. Puede amar de veintisiete,
y aun pudiera de cuarenta.

D.ª Mencia. Vos sabeis que amar no debo,
y me conoceis á fondo.

D. Gutier. Pues yo de mí no respondo,
y no soy ningun mancebo.

D.ª Mencia. Pronto mi pecho vestido
vereis de un hábito ya,
y él mi defensa será
contra el arco de Cupido.
¿Habrá quien mi gusto tilde
que en lo mejor se ha cifrado?

D. Gutier. Toda ambicion es pecado:
debiérais ser mas humilde.

D.ª Mencia. Si presumo, es de constante.

D. Gutier. Quisiera, por esos fieros,
bien enamorada veros,
siendo á mi gusto el amante.

D.ª Mencia. Desde niña vocacion
tuve yo de religiosa.
Vos...

D. Gutier. Hízomela dudosa
lo verde de la razon.
Es al mundano Babel
santo y bueno renunciar;
mas antes conviene entrar
y ver lo que pasa en él:
que si luego con fervor
pide una doncella el velo,
elegida está en el cielo
para esposa del Señor.
Vuestro carácter adusto
que yo no supe regir,
os hizo en casa vivir
cautiva de vuestro gusto;
y acosábame la idea
de que pudieran un dia
pesaros con demasía
el hábito y la correa,

y que diriais quizá:
«yo jamas el mundo vi,
yo no sé lo que hay allí,
pero me consumo acá;
y en tentacion horrorosa
el ánimo vacilante,
me recuerda cada instante
que fui rica y soy hermosa.»
Por eso fue empeño mio,
(y fue empeño de prudencia)
negaros siempre licencia
para el ansiado monjio.
Ya que estais en libertad,
cumplid vuestro anhelo santo,
mas no exijais otro tanto
de Ines en su corta edad.
Es niña, y en esto fundo
de su yerro la disculpa;
que á los diez y seis no es culpa
tener aficion al mundo.
Debéisla compadecer
y guiar á la virtud
con tierna solicitud:
sois su hermana y es muger,
y su mísera horfandad
y el feo doble borron
que mancha su frente, son
harto dignos de piedad.
Yo en ese galante trato,
por mas que en su examen entro,
ni aun leve sospecha encuentro
de heregía de recato.
Voto que una monicion
hagais á Ines, y solemne;
pero ha de quedarle indemne
toda vuestra proteccion.

D.ª Mencia. Y bien que yo compadezca
de Ines el amor fatal,
¿no debo cortar el mal
sin dar lugar á que crezca?
¿Es mi hermana por ventura
libre de elegir estado,

cuando su destino airado
la condena á la clausura?
Vos mismo ¿no convenís
en que esta la noche sea
que por vez última vea
Ines á su Belianís;
y que antes que la pasion
aumente dificultades,
del siglo las vanidades
inmole á la religion?
Pues si en mí no hay mas rigores
para Ines que los que en ella
vierte su enemiga estrella,
¿de qué son vuestros temores?
¿Sentís que sus ojos bellos
se humedezcan si la riño,
ó temeis que yo el cariño
la saque por los cabellos?

D. Gutier. Severo es quien nunca erró.

D.ª Mencia. ¿Es reprension ó lisonja?

D. Gutier. Verdad.

D.ª Mencia. Yo voy á ser monja:
no es Ines mejor que yo.

D. Gutier. Eso hace que os aconseje
olvidar por un momento
su bastardo nacimiento,
y que fue su madre herege.

D.ª Mencia. (*Mirando á la izquierda.*)
Ya vienen aqui por fin
dama y dueña. Las oiré.

D. Gutier. Yo tengo llave: saldré
por la puerta del jardin.

(*Don Gutierre se va por la derecha. Doña Mencía se retira al cenador.*)

ESCENA III.

DOÑA INES, *ataviada con esmero.* SALOMÉ.

D.ª Ines. Salomé, pisa mas quedo..

Salomé. ¡Animas del purgatorio!
Si está de aqui el dormitorio

de la señora...

D.ª Ines. No puedo
desechar mi sobresalto.
Temo... siento haber venido.

Salomé. Entonces...

D.ª Ines. Este vestido
¿no tiene el talle muy alto?

Salomé. ¿A estas horas reparais
en el talle?

D.ª Ines. Ya se ve.
¿Cómo le pareceré?

Salomé. Bien pronto á saberlo vais.

D.ª Ines. Pero ¿hay desventura tal?
La única vez de mi vida
que me he visto bien prendida,
¡enredarme en un rosal
la cabeza! ¿Se conoce?...

Salomé. No, que estais hecha un lucero.

D.ª Ines. Salomé... ¡Cuánto te quiero!
¿Verdad que hoy hasta las doce
nos detendremos?

Salomé. Es mucho.

D.ª Ines. Media hora, poco mas.

Salomé. No, no.

D.ª Ines. Rigorosa estás.
¡Soy tan feliz cuando escucho
de don Gonzalo el acento!
Y esta noche que es preciso
decirle, segun tu aviso,
que trate mi casamiento;
que ya de su romería
vino mi hermana y tutora;
que soy... ¿Quién en media hora
encaja esa letanía?

Salomé. Ya vereis como yo igualo
la plática al tiempo bien.

D.ª Ines. A raya mi lengua ten;
mas deja hablar á Gonzalo.

Salomé. Mucho habremos conseguido;
y apenas soleis decirle
sí ó no.

D.ª Ines. Si para oirle

me falta tiempo y sentido.
Si no acierto á levantar
la vista de las rodillas
para mirarle á hurtadillas,
¿cómo he de atreverme á hablar?
Junto á Gonzalo mi sér
todo empleado en sentir,
el tenerlo que decir
entibiara mi placer.
Y repugna á mi decoro
y voz no hallaré jamas,
y es para mi bien de mas
que diga cuánto le adoro.

Salomé. Antes esa timidez
tanto de cartuja peca,
que sospechoso la trueca
don Gonzalo en esquivez.
Le teneis sobrado inquieto,
y si su recelo cunde...

D.ª Ines. Conocerá que me infunde
con el cariño respeto.
Cuando tierno y cortesano
su labio mi diestra toca,
me parece que mi boca
debo poner en su mano.
El ya maduro varon,
y yo en mi verdor primero,
¿de qué nace que le quiero
con todo mi corazon?

Salomé. En vos la necesidad
de amar á sentir se empieza,
y apoyo en la fortaleza
busca la debilidad.

D.ª Ines. Nunca el dia olvidaré
cuando un astro que bendigo
le trajo á encontrar conmigo
en aquel auto de fé.
Al mirar llena de espanto
los reos que en larga hilera
caminaban á la hoguera,
sueltan mis manos el manto,
lanzo un grito penetrante,

y cayendo sin aliento...

Salomé. ¡Buen susto, buen sentimiento
me disteis!

D.ª Ines. Yo palpitante
sentí un corazon al lado
del mio que le buscaba;
dulce fuego despertaba
un brazo en mi cuerpo helado.
Cuando los ojos abrí,
cuando miré aquel semblante,
norte de mi pecho amante,
cuando en fin decirme oí:
«Señora, volved en vos,»
bien los esfuerzos que hacia
mostraban que yo creía
que hablaba en Gonzalo Dios.
¡Con qué arrogante ademan
me abrió paso entre la gente!

Salomé. ¡Oh! tiene mucho ascendiente
la banda de un capitan.

D.ª Ines. ¡Con qué dulzura afeó,
sacándome del tropel,
la curiosidad cruel
que el auto á ver me llevó!
Y yo sufrí como justo
que me riñera un estraño,
y sentí mas que mi daño
ser causa de su disgusto.
Subyugada por su voz,
que volviéndome la calma
su dominio por mi alma
iba estendiendo veloz,
de aquel hombre me creí
sierva que huyó de su grey,
y que él al verme, por ley
se apoderaba de mí.

Salomé. Ya es preciso asegurar
esa mental posesion
con la que una bendicion
otorga al pie del altar.
Con mi señora en Madrid,
es imposible que siga

el galanteo.

D.ª Ines. ¡Ay, amiga!
yo tiemblo...

Salomé. ¿De qué? Decid.

D.ª Ines. De mi destino tirano,
cuyo rigor me acobarda.
¿Querrá á la pobre bastarda
Gonzalo entregar su mano?
¿Querrá que de la fortuna
pague yo la culpa fiera,
como si yo sido hubiera
quien se eligiese la cuna,
ó en él entusiasmo doble
mi origen escitará
y solo en Ines verá
su amor legítimo y noble?

Salomé. Solo debe un caballero
ver la palabra que dió;
que nadie se enamoró
que fuese á mirar primero
para dar vuelo á su llama,
si el parroquial testimonio
daba fé del matrimonio
de los padres de la dama.
Lunares pueden mas negros
que el que á vos os incomoda,
perdonarse en una boda
que al novio no le da suegros.

D.ª Ines. ¡Qué has dicho, loca de tí!
¿Gimiera yo como gimo
si tuviese el dulce arrimo
de la madre que perdí?
Yo me arrojara en su seno,
y al revelar mi pasion,
de maternal compasion
sé que lo encontrara lleno.
Tambien por su daño supo
lo que es amar la infeliz,
y por un leve desliz
baldon eterno le cupo.
Ella la muda elocuencia
comprendiera de mi llanto;

pero ¡ay! ¡cuánto temo, cuánto,
la rígida indiferencia
de una hermana que latir
jamas con tierno desvelo
sintió su pecho de hielo;
que me destinó á vestir
la mortaja por adorno;
que de monja me ensayó,
y claustro en casa me dió
sin locutorio y con torno!
¿Qué hará conmigo al saber
que inobediente á su imperio
abjuré del monasterio?

ESCENA IV.

DOÑA MENCÍA, *saliendo rápidamente del cenador.* DOÑA INES. SALOMÉ.

D.ª Mencia. Ella os viene á responder.
D.ª Ines. (*Ap.*) ¡Ah! mi hermana.
Salomé. (*Ap.*) ¡San Onofre
nos asista!
D.ª Mencia. (*A Salomé.*) Despejad.
Salomé. Yo, señora...
D.ª Mencia. Id y guardad
vuestras ropas en el cofre.
Salomé. Por Dios, que se me condena
sin culpa: escuchad, os pido...
D.ª Mencia. Váyase: ¿no lo ha entendido?
D.ª Ines. Oye.
Salomé. (*Retirándose.*) Por ser una buena...
y cuando la edad la agobia...
D.ª Ines. Mencía, yo sola fuí
la causa...
D.ª Mencia. Pida por sí
no mas la señora novia. (*Vase Salomé.*)

ESCENA V.

DOÑA MENCÍA. DOÑA INES.

D.ª Ines. (*Ap.*) ¡Cielos! ¿qué piensa hacer?
D.ª Men. Ven á este lado,
ven aqui, donde rota la espesura
del frondoso jardin, plácida vierte
sus resplandores mágicos la luna;
ven, que admirar á mi placer deseo
tu gentil atavío y apostura.
¡Trage rico y galan! Parda estameña
no el brillo ya de tu beldad ofusca;
tornasolada seda y albo encage
realzan de tu tez la rosa pura,
y compartida en rizos y trenzado
tu cabellera con primor se anuda.
¡Mal empleado afan! Solo á mis ojos
tu gala lucirás y tu hermosura.
D.ª Ines. Mencia, compasion: eres mi hermana.
Si conoces mi error, oye mi escusa.
D.ª Men. Quien voluntario en el peligro cae
¿cómo de su imprudencia se disculpa?
Cuando yo de mi voto en cumplimiento
fui del apostol á besar la tumba,
¿qué me oiste decir? «Sola te quedas:
el que de ti cuidó y en mi renuncia
su cargo tutelar, conmigo parte;
de ti fiamos la custodia tuya.
Si tu sosiego, si tu dicha quieres,
no quebrantes la rígida clausura
que guardamos las dos. Solo el camino
que desde casa al templo te conduzca
debes saber, y atravesarle solo
cuando principie á derramar confusa
su luz el alba: con tupido velo
tu semblante solicito se cubra,
y cerrados á plática liviana
ten los oidos, y la boca muda,
pues muger que del hombre ser no puede,
fuerza es, Ines, que de los hombres huya.»
¿No fueron estas mis palabras?

D.ª Ines. Ellas
acaso de mi eterna desventura
la sentencia serán. ¿No adivinaste
que al decirme: «de hacer lo que te cumpla
te doy poder, pero de usarlo tiembla
porque á grave peligro te aventuras,»
iba á esclamar mi voluntad curiosa:
«quiero ese riesgo ver con que me asustan?»
De nuestra patria Méjico en los años
en que la luz de la razon despunta
vine aqui; y en domésticas labores
ocupada y en místicas lecturas,
yo de la corte del tercer Felipe
bien lejos de gozar la pompa nunca,
solo la casa vi que nos encierra,
el piso de una calle y tu tribuna.
Arida sí, pero tranquila el alma,
no anhelaba quebrar las ligaduras
que no echaba de ver: á conocerlas,
á romperlas, tu voz inoportuna
me enseñó y alentó. Tú me vedaste
ver, y por eso vi: tuya es mi culpa.

D.ª Men. ¿Fuí yo quien á los brazos de Gonzalo?...

D.ª Ines. Me puso en ellos mi cruel fortuna.
Yo, muerta de terror...

D.ª Men. Debió por cierto,
debió de ser, Ines, grave tu angustia
en aquella ocasion. ¿Y no has pensado
por qué á tí sola de la inmensa turba
que el tremendo espectáculo miraba
piedad causó la descreida chusma?
¿Cómo no recordaste que enemigos
de Dios, á cuya fé con loca furia
traidora guerra entre tinieblas hacen,
órganos del infierno y sus hechuras,
la pena de morir ardiendo vivos
aun para tanto crimen no era mucha?
en tanto que sardónicos apodos
escitaba el color, la catadura
de cetrinos sectarios de Mahoma,
sucios hebreos y arrugadas brujas,
¿qué viste tú que de dolor y asombro

te derribó en el suelo moribunda?

D.ª Ines. Vi una muger ¡oh Dios! jóven, hermosa,
suelta la larga cabellera rubia,
sobre la frente la coroza llena
de emblemáticas, hórridas figuras,
atrás sujetas con rigor las manos,
sujeto el labio con mordaza ruda,
por el temor quizá de que sus ayes
hasta en el alma de sayon mas dura
despertasen piedad. Cuando los ojos
puse en aquella faz cárdena y mustia,
cuando el lloro entendí que le arrancaba
el reciente dolor de la tortura,
cuando cayó la triste, y arrastrando
la vi llevar á perecer difunta...

D.ª Men. La imagen propia de tu madre viste.

D.ª Ines. ¡De mi madre! ¡Gran Dios!

D.ª Men. Secuaz ilusa
Beatriz de los errores de Lutero...

D.ª Ines. ¡Luterana!

D.ª Men. Asi en Méjico su culpa
fue al brasero á espiar.

D.ª Ines. ¡Madre infelice!
Y yo ignorante de su fin...

D.ª Men. Y oculta
siempre su suerte para tí quedara
sin la insana aficion que se conjura
contra mi cuerdo plan. El desgraciado
que un traidor á la fé cuenta en su alcurnia,
resentido, defectos á los jueces
de rectitud ó de saber imputa;
cegado ya con tan falaz idea,
disculpar al apóstata procura;
de las disculpas al examen pasa
del contagioso error; lo ve, lo gusta,
le da su sangre pérfido consejo,
brillante la mentira le deslumbra,
y tenaz abrazándose con ella,
de su linage el crimen perpetúa.
Crimen que si perdon jamas alcanza,
solo es porque quizá jamas se purga.

D.ª Ines. ¡Bárbara proscripcion! ¡horrible pena!

D.ª Men. Horrible, Ines, y sin embargo justa.
Un traidor, un falsario, un asesino,
una consorte desleal, se acusan
de su crimen al cielo que perdona,
y su infamia con ellos se sepulta,
y el mundo á las virtudes de los hijos
el yerro de los padres disimula;
mas cuando Dios condenacion eterna
contra el impío pertinaz pronuncia,
si el hombre compasivo le mirara,
¿no escarneciera la justicia suma?
Por eso, Ines, el misero que nace
con esa mancha original impura
causa á todos horror; temen la lepra
que retoñar en él puede fecunda;
témenla con razon, húyenle todos,
un mendigo famélico le insulta,
y este anatema general impide
que la herética peste se difunda.

D.ª Ines. Pero ¿con qué delito los rigores
de ese anatema merecí?

D.ª Men. Pregunta,
pregúntame ¿por qué la sacra toca
quiero en tu frente colocar?—¿Quién busca,
quién, di, de una muger la mano acepta
si el sambenito vil se alza en su cuna?

D.ª Ines. ¡Hija de luterana!

D.ª Men. No imagines
que el peso de tu afrenta no me abruma.
De nuestro padre en el cristiano pecho,
sí, Beatriz Coronel sembró la duda;
sábelo, y á oprobiosa penitencia
el noble don Alfonso de Lanuza
se hubo de sujetar.

D.ª Ines. Todo á mi daño
concurre.

D.ª Men. Y todo contra mí se junta.
Los cinco lustros de cumplir acabo,
mis vanidades el espejo adula,
y las rejas de hierro de mi calle
de oro las puedo hacer. ¿Y qué disfruta
de tantos dones tu infeliz hermana?

Trage humilde su cuerpo desfigura...
soledad y oracion sus horas llenan...
Y con todo la sangre que circula
por mis venas es llama, y en mi pecho
no ha muerto el germen, no, de la ternura.
Pretendientes tambien tuvo mi dote;
pero ¿qué suerte la nupcial coyunda
me podia ofrecer?

D.ª Ines. Si eras amada...

D.ª Men. Ines, el himeneo desanuda
la venda del amor. Viera mi esposo
en sus parientes esquivez adusta,
viera en los superiores menosprecio,
viera en el vulgo desacato y burla;
y al hallar de su afrenta y abandono
la causa en su muger, cual leve espuma
su amor, ya de deber, se disipara,
y vendria el desden, la queja injusta,
y el triste al fin, el sepulcral olvido.
Del vicio entonces en el ara inmunda
su corazon y su caudal pusiera,
y raro huésped en la casa suya,
en ella solo con placer entrara
de su esposa á mandar la sepultura.
Si esta vida me diera el himeneo,
¿cuál puedes esperar?

D.ª Ines. ¡Oh! ¡cómo injurias
de Gonzalo el amor! Las opiniones
tú del mundo sabrás, yo sé la suma
de cariño que el pecho de Gonzalo
fiel atesora para mí.

D.ª Men. No dura
ese cariño, Ines.

D.ª Ines. Durará el mio,
que es el primero.

D.ª Men. Es fuerza que concluya,
y que el velo de esposas del Eterno
la ignominiosa marca nos encubra.

D.ª Ines. Si puedo con Gonzalo ser dichosa,
¿por qué han de arrebatarme mi ventura?

D.ª Men. Yo tengo autoridad...

D.ª Ines. Es imposible

que un mandato cruel mi pecho cumpla.

D.ª Men. ¡Ines! ¡Ines! á mi furor te espones.

D.ª Ines. Mi horfandad propia contra tí me escuda.

D.ª Men. Me debes el vivir...

D.ª Ines. Esclava...

D.ª Men. ¿Sabe
mi pupila que tal desenvoltura
nada por cierto de su sangre agena
puedo yo escarmentar? ¿Que si se escucha
cerca de aqui mi voz, mis gentes llegan,
y á una seña esas galas la desnudan,
se las truecan en áspero cilicio,
y cortado el cabello, la sepultan
donde olvide que hay sol?

D.ª Ines. Allí á Gonzalo
conservaré mi fé.

D.ª Men. ¿Con que rehusas
mis órdenes cumplir?

D.ª Ines. Yo no respeto
caprichos de una hermana furibunda,
que envidiosa quizá...

D.ª Men. ¿De tí? Te juro
que ha de costarte cara la calumnia.

D.ª Ines. Prueba á arrancar, si quieres, de mi pecho
la imagen que hay en él.

D.ª Men. (*Ap.* Valga la astucia;
finjamos.) Bien; y si Gonzalo fuera...

D.ª Ines. ¿Qué? ¿Infiel?

D.ª Men. Infiel á Dios.

D.ª Ines. No me confundas.
¿Cómo?...

D.ª Men. Si fuera herege...

D.ª Ines. ¡Santo cielo!
¡Herege!

D.ª Men. Si encargada su captura
don Gutierre tuviera...

D.ª Ines. ¡Oh! que le salve,
que le salve por Dios. Corro en su busca.

D.ª Men. Va á venir al momento; aquí á Gonzalo
prenderá.

D.ª Ines. Compadece mi amargura.
¡Que es herege Gonzalo! Sí, por eso

imprecaciones vomitó sañuda
su lengua contra el hórrido espectáculo
que á mí me estremeció. Ya no disputa
tu poder mi humildad; anonadada,
gimiendo imploro tu favor y ayuda.
Libra á mi amante, librale.

D.ª Men. ¿Prometes?...

D.ª Ines. ¿Qué? Di.

D.ª Men. Dar al olvido esa locura.

D.ª Ines. Si no lo he de cumplir, ¿á qué ofrecerlo?

D.ª Men. Pues Gonzalo será...

D.ª Ines. ¡Suerte iracunda!

D.ª Men. Tú lo quieres.

D.ª Ines. Me rindo.

D.ª Men. ¿A todo?

D.ª Ines. A todo.

D.ª Men. Escríbele un papel...

D.ª Ines. ¡Una repulsa!

D.ª Men. Clara, indudable.

D.ª Ines. ¡Hermana!

D.ª Men. De otra suerte...

D.ª Ines. Basta, yo escribiré. Mienta la pluma,
que es virtud el mentir. ¡Me sacrifico
por él! — ¡y él creerá que soy perjura!

D.ª Men. Vete, y sin dilacion la carta escribe:
por ella enviaré. Fia en mi industria
la suerte de Gonzalo.

D.ª Ines. ¿Y no he de verle?

D.ª Men. Jamas. Importa que con presta fuga
salga de España.

D.ª Ines. Sí, y á mí entre tanto
que mi dolor agudo me consuma.

D.ª Men. En breve el tiempo curará esa pena.

D.ª Ines. La mia sin la muerte no se cura.

D.ª Men. Ponderativo mal, ofende poco.

D.ª Ines. Permita Dios que como yo lo sufras. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DOÑA MENCÍA. *Despues* CHACON.

D.ª Mencia. Creo que no la reduzco
sin esta supercheria.

Discúlpeme la intencion.
del uso de la mentira. (*Sale Chacon.*)

Chacon. Don Gonzalo está á la puerta.

D.ª Mencia. No le habrás dicho...

Chacon. Ni pizca.
El recado que le dí
es el de doña Inesita.

D.ª Mencia. Dile que venga, y despues...

Chacon. Despues dejaré que riñan
vuesas mercedes á gusto,
y salvaré mi costilla.

D.ª Mencia. Has de traerme un papel
de Ines, y una luz.

Chacon. ¿Misiva
tenemos?

D.ª Mencia. Y me la entregas
con sigilo.

Chacon. (*Ap.*) Dios me asista,
y entre tantos enemigos
me libre de una paliza. (*Vase.*)

D.ª Mencia. (*Sola.*) Quiero conocer al hombre
que tiene tan derretida
y tan briosa á mi hermana.
Tal vez será un estantigua;
pero ella, que solo ha visto
al tutor...

ESCENA VII.

DON GONZALO. DOÑA MENCÍA.

D. Gonzalo. ¡Ines querida!

D.ª Mencia. No es Ines á quien hablais.
(*Ap.* ¡Buen talle!)

D. Gonzalo. Señora mia...

D.ª Mencia. Señor don Gonzalo, creo
que os habrá dado noticia
Ines de su hermana.

D. Gonzalo. Sí,
y ese rostro donde unidas
la modestia y la belleza
respeto y amor inspiran,
ese vestido en que luce

sin arte la gallardía,
ninguna duda me dejan
de quién sois vos.

D.ª Mencia. (*Ap.* No se esplica
mal.) Vos me perdonareis
el chasco de la visita
que sin desearlo vos
os hace doña Mencia.

D. Gonzalo. No la esperaba por cierto,
y no sé qué vaticina.
Falta á vuestro lado, falta
la estrella que aqui me guia,
y entre esperanza y temor
incierta el alma vacila.

D.ª Mencia. Por las palabras que os oigo
y el tono que las anima
veo que amais: digo, creo
que el amor asi se indica,
pues como yo nunca amé,
no tengo en esto pericia.

D. Gonzalo. ¿No amásteis? ¿Qué empleo dais
á las gracias peregrinas
que en vos el cielo derrama?

D.ª Mencia. Cuales sean, ofrecidas
estan á Dios.

D. Gonzalo. Se le deben
las prendas de mas valía.

D.ª Mencia. Mejor, segun esa regla,
las de mi hermana debian
consagrársele. Yo soy
la noche, y ella es el dia.

D. Gonzalo. Señora, ¿qué me anunciais?
Cruel recuerdo me agita.
Ines creo que me habló
de un arreglo de familia
que al claustro la destinaba.

D.ª Mencia. Fue resolucion precisa,
y asi...

D. Gonzalo. ¿Me vais á mandar
que de su amor me despida?
¿Me llamais con ese fin?
Hablad: ¿sois vos quien me priva

de su cariño, ó es ella
quien mis promesas olvida?

D.ª Mencia. Quisiera que me escuchaseis
con el alma mas tranquila.

D. Gonzalo. Si á una nueva dolorosa
con reflexiones prolijas
me pretendeis preparar,
escusad esa fatiga.
La costumbre de sufrir
con el mal familiariza,
y yo debo al infortunio
muy frecuente compañía.

ESCENA VIII.

CHACON, *con una carta y una luz.* DOÑA MERCÍA.
DON GONZALO.

Chacon. Señora.

D.ª Mencia. Si dais licencia...

D. Conzalo. Vos no debiérais pedirla.
(*Hablan bajo doña Mencía y Chacon.*)

D.ª Mencia. ¿Traes la carta de Ines?

Chacon. Llorando á lágrima viva
me la entregó.

D.ª Mencia. Dame, y vete.
(*Da una ojeada al billete á la luz de la bugía puesta por Chacon en una de las mesas de piedra.*)
Está como yo queria.

Chacon. (*Ap.*) ¿En qué parará el enredo? (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOÑA MENCÍA. DON GONZALO.

D.ª Mencia. Decidme: ¿os es conocida
la letra de Ines?

D. Gonzalo. Sí.

D.ª Mencia. Ved
á la luz de la bugía
esa carta. (*Se la da.*)

D. Gonzalo. (*Abre y lee la carta.*) Es de su mano.
D.ª Mencia. Ines de Lanuza firma.
D. Gonzalo. ¡Me abandona!
D.ª Mencia. (*Ap., mirando á don Gonzalo mientras este lee.*) Pues no tuvo
tan mal gusto mi hermanita.
D. Gonzalo. Ya lo comprendo: por esto
á mi lado la veia
confusa, callada... Bien.
D.ª Mencia. (*Ap.*) Quiere vencerse.
D. Gonzalo. ¡Ah!
D.ª Mencia. (*Ap.*) Suspira.
D. Gonzalo. Sí, de tres lustros á ocho
la distancia es infinita.
Niña al fin. Sea en el claustro
feliz.
D.ª Mencia. (*Ap.*) ¡Cómo se querian!
¿Y he de hacer dos infelices
yo? No.
D. Gonzalo. (*Leyendo.*) «Olvidadme: movida
de noble impulso...» (*Rasga la carta.*)
Se habrá
figurado que está linda
con la toca, y esto basta.
D.ª Mencia. No le hagais tal injusticia.
Oid, don Gonzalo, oid.
Yo soy el origen...
D. Gonzalo. Digna
empresa es de la virtud
disculpar á la perfidia;
pero es inútil. Estoy
en la mitad de una vida
que la fortuna eligió
para blanco de sus iras,
y del bien desconfiado
ciega es para la desdicha
mi credulidad.
D.ª Mencia. Os quiere
Ines.
D. Gonzalo. Si pérfidas miras
de los deudos de mi amada,
la violencia ó la codicia

la arrastrasen al altar,
mi brazo la arrancaría
del altar, mi brazo armado
en venganza de la víctima
rompiera el senó traidor
del que tuvo la osadía
de romper el dulce nudo
de dos voluntades finas...

D.ª Mencia. ¡Don Gonzalo!

D. Gonzalo. Yo no creo
de vos una villanía.
No: la carta que he leido
voluntariamente escrita
fue por Ines; y sin fruto,
engañada ó compasiva,
la defendeis.

D.ª Mencia. (*Ap.*) Nada puedo
decirle ya.

D. Gonzalo. ¿Y por qué habia
de ser la jóven que amé
del vulgo de ellas distinta?
Presuntüosas, falaces
y volubles, todas miran
el amor cual pasatiempo
que cansa si no varía.
Quien las conoce y las ama,
que de juguete les sirva.

D.ª Mencia. Males hay que vienes hacen.
Quizá ese papel os libra
de algun arrepentimiento.

D. Gonzalo. ¿De qué me arrepentiría?

D.ª Mencia. Es bastarda Ines.

D. Gonzalo. Bastardo
ha sido un rey de Castilla,
y no el peor.

D.ª Mencia. Tiene luego
contra sí...

D. Gonzalo. ¿Qué?

D.ª Mencia. La ignominia
de...

D. Gonzalo. ¿Cuál?

D.ª Mencia. La del aspa roja,

que no es una niñería.

D. Gonzalo. No os escandalice oir
que eso poco significa
para mí.

D.ª Mencia. Me huelgo mucho
de vuestra filosofía.

D. Gonzalo. Yo no me dejo arrastrar
de la opinion que domina
si justa no me parece.
Virtud y amor necesita
mi corazon, no blasones
que mas que ilustren engrian.
Por eso á Ines adoré:
me la figuré sencilla,
capaz de amarme... Lo supo
fingir bien. He de hacer trizas
la imagen que mis pinceles...

D.ª Mencia. ¿Pintar sabeis?

D. Gonzalo. Yo servia
en Flandes; fuí prisionero
muchos años, y reunidas
necesidad y aficion...

D.ª Mencia. Entonces no es maravilla.
Y ¿habeis retratado á Ines?...

D. Gonzalo. Pintaba una alegoría,
y dí á la *Felicidad*
el rostro de mi querida.

D.ª Mencia. Si vos feriarme quisiérais
ese cuadro...

D. Gonzalo. No es artista
en España, es capitan
don Gonzalo de Mejia,
y su obra sin interes
si os agrada, os la dedica.

D.ª Mencia. Mil gracias. Si las facciones
que trazásteis con delicia
ya os atormentan, podeis
con otras sustituirlas.
Borrais la cara de Ines,
y en su lugar...

D. Gonzalo. Temería
si no tuviese delante

un modelo, repetirla.
Un modelo hermoso.

D.ª Mencia. Tanto
como Ines.

D. Gonzalo. Mas todavía.

D.ª Mencia. Y ¿dónde hallareis tan rara
beldad?

D. Gonzalo. La tengo á la vista.

D.ª Mencia. Es de noche: no veis bien;
las sombras os alucinan.

D. Gonzalo. Si entre las sombras erré,
la luz mi engaño corrija.

(*Toma de la mesa la luz, y contempla el rostro de doña Mencía.*)

D.ª Mencia. Eh, quitad.

D. Gonzalo. ¡Oh! permitid...
¡Esa es la espresion divina
con que á sus bellas *Madonnas*
Rafael caracteriza!
Todo es sublime, semblante,
actitud... Esa caida
dulce de ojos, ese tierno
rosicler de las megillas,
esos labios agitados
por la ligera sonrisa
de un goce interno, inocente,
me ofrecen la imagen viva
que de la felicidad
se creó mi fantasía.

D.ª Mencia. Acabad, no estais ahora
retratándome.
(*Le quita la luz y la apaga.*)

D. Gonzalo. Consiga
yo de vos ese favor.
Con una sola visita
que os digneis de concederme...

D.ª Mencia. ¿No fuera descortesía
tachar el rostro de Ines
en presencia de ella misma?

D. Gonzalo. ¿En su presencia? ¿Pensais
que á verme se atrevería?

D.ª Mencia. Ademas, el barrio sabe

que solo mi estrado pisa
un anciano, y si venis
á casa, lo notarian.

D. Gonzalo. Pasar á la mia vos
fuera bondad escesiva,
pero...

D.ª Mencia. Yendo disfrazada
nada el recato peligra.

D. Gonzalo. ¡Tanta merced!

D.ª Mencia. Quiero ver
si Ines está parecida.

D. Gonzalo. Es retrato de memoria.
¿Cuándo os espero? Querría
concluir pronto mi cuadro,
y ofrecérosle en primicias
de mi amistad.

D.ª Mencia. Decid vos
cuándo os acomodaria
que os visitase.

D. Gonzalo. Mañana,
si no hay cosa que os lo impida.

D.ª Mencia. Iré con mi camarera
mañana despues de misa.

D. Gonzalo. Doblais mi agradecimiento.

D.ª Mencia. Basta ya de cortesías.
Perdonad, tengo cuidados
que á despediros me obligan.

D. Gonzalo. Culpad vos á vuesta suma
bondad, que al abuso incita,
si ya no me retiré.

D.ª Mencia. (*Dándole la mano.*)
Venid, seré vuestra guia,
porque es de esos emparrados
la hojarasca tan tupida,
que no vereis el camino.

D. Gonzalo. Vuestros ojos lo iluminan.

D.ª Mencia. Entonces escuso daros
la mano. (*Suelta la de don Gonzalo.*)

D. Gonzalo. Yo puedo asirla. (*Lo hace.*)

D.ª Mencia. Quedo, que la tratais mal.

D. Gonzalo. Sujeto á una fugitiva.

D.ª Mencia. Si os viera en ese momento

Ines...

D. Gonzalo. No me pesaría.

D.ª Mencia. ¿Que hiciérais?

D. Gonzalo. Esto.

(*Besa la mano á doña Mencía.*)

D.ª Mencia. (*Con dignidad.*) ¿Y qué es eso?

D. Gonzalo. Un desquite de justicia,
un tributo á la virtud.

D.ª Mencia. Una licencia atrevida.

D. Gonzalo. Si os pude enojar, os pido
perdon.

D.ª Mencia. No soy vengativa,
pero sed mirado vos.

D. Gonzalo. La propia mano ofendida
del mas humilde respeto
la fiel espresion reciba.
(*Vuelve á besarle la mano.*)

D.ª Mencia. Eso sí: respetuoso
os quiero.

D. Gonzalo. Yo á vos benigna.
(*Se encaminan á la puerta.*)

D.ª Mencia. (*Ap.*) Galan es el don Gonzalo.

D. Gonzalo. (*Ap.*) Hermosa es doña Mencía. (*Vanse.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala con dos ventanas, una en el fondo que cae á un jardin, y otra á la derecha que da á la calle, ambas adornadas con cortinas de damasco. Tres puertas, dos á la izquierda y una á la derecha. Tapices, sillería guarnecida tambien de damasco, mesa y escritorio de nogal, etc.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES, DON GUTIERRE, SEIS DAMAS, (*Jóvenes.*)

(*Doña Ines, bizarramente vestida, y don Gutierre sentados. Tres de las damas aparecen agrupadas al rededor de Ines, otra tañe la vihuela, y las dos últimas bailan.*)

D. Gutier. (*Acabado el baile.*)
Gallardamente bailado.
Dama 1.ª Muy bien, amigas.
Otras dam. Muy bien.
Dama 2.ª Muchas gracias, don Gutierre.
Dama 3.ª Nada dice doña Ines.
D.ª Ines. ¿Qué he de decir yo de baile
si no sé mover un pie?
Dama 1.ª Pues eso mas os harán
en el convento aprender.
Dama 3.ª ¿Tambien en los monasterios
se usa la danza?
D. Gutier. Tambien
se gozan ratos allí
de desahogo y placer.
Dama 3.ª El padrino del monjio
parece que sabe...
D. Gutier. Sé
lo que hay de verjas adentro

porque administro...
(*Habla bajo con la dama 3.ª*)

Dama 1.ª Tened
valor, doña Ines: mirad:
nosotras, toditas seis,
tarde ó pronto religiosas
como vos hemos de ser,
y sin embargo vivimos
mas contentas que un Belen.

D.ª Ines. Soy yo poco bulliciosa;
y este dia...

Dama 4.ª Ya se ve:
dia de mudar estado
¿no ha de dar en que entender?
Loca estoy de discurrir,
y eso que me falta un mes
para entrar en el convento,
qué vestido llevaré.

Dama 5.ª Pues oye una seguidilla
muy á propósito.

Todas. A ver.

Dama 5.ª (*Canta.*) Niña, tú que de Cristo
vas á ser novia,
no te adereces tanto
para la boda,
porque te espera
un esposo que dice:
galas afuera.

Todas. (*Riendo.*) ¡Ah, ah, ah!

D. Gutier. Señoras, dar
viso de ridiculez
á estas materias, no es justo.
¡Qué diantre! ya que canteis...

Dama 5.ª Para misereres, harto
tiempo nos queda despues.

Dama 1.ª Hoy que entra doña Inesita
en religion, es de ley,
por despedida del mundo,
loquear cuanto nos dé
la gana.

(*Levántanse las seis jóvenes y rodean á don Gutierre.*)

Dama 2.ª Señor padrino,

respete vuestra merced
nuestros derechos.

Dama 4.ª Señor
padrino, hay que conceder
alguna cosa á las pobres
que, mal su grado tal vez,
se encierran en una celda
solo por obedecer.

D. Gutier. Pero escuchad.

Dama 1.ª Nada escucho.
Yo, tuerta como me veis,
y corcovada y sin novio,
(¿quién diablos me ha de querer?)
tenia una repugnancia
feroz al santo fardel.
Y ¿sabeis cómo me han hecho
decir que lo tomaré?
Arguyendo á mi joroba
mi madre con un cordel.

Dama 6.ª Yo fuí destinada al velo
un mes antes de nacer.

Dama 2.ª (*Señalando á las damas 4.ª y 5.ª*)
Las tres somos segundonas.

Dama 3.ª Yo soy noble como el rey,
bien que pobre: me queria
un ricote portugués;
pero fue su quinto abuelo
mesonero en Santaren,
y á Dios boda: otra no sale,
paso ya de veinti tres,
¿qué han de hacer conmigo?

D. Gutier. Pero...

Dama 1.ª Callad.

Dama 2.ª No nos repliqueis.

D. Gutier. Es que...

Dama 3.ª Dejadnos en paz.

Dama 4.ª Echarle de aqui.

Todas. Eso es.

Dama 1.ª ¿Para qué queremos viejos?

Todas. Afuera, afuera con él.

(*Asen de don Gutierre y le empujan entre las seis hácia la puerta.*)

D.ª Ines. Señoras, oid.
D. Gutier. Soltadme,
familia de Lucifer.
Todas. Fuera estorbos.

ESCENA II.

DOÑA MENCÍA. UNA CRIADA. LOS MISMOS.

D.ª Mencia. ¿Qué sucede
por aquí?
D. Gutier. Mirad...
Dama 2.ª Sabed...
Dama 1.ª Don Gutierre se desmanda
con nosotras.
D. Gutier. ¡Yo!
Todas. ¿Pues quién?
D.ª Mencia. Eh, basta de necedades.
Decid: ¿dónde dispondré
que os sirvan el agasajo?
¿En el jardin, en aquel
cenador, ó en esta sala?
Todas. En el jardin.
D.ª Mencia. (*A la criada.*) ¿Lo entendeis?
Avisad al punto. (*Vase la criada.*)
Dama 1.ª Vamos,
vamos todas en tropel
al jardin. Ines conmigo.
D.ª Ines. (*Ap.*) ¡Qué infeliz es la muger!
Dama 1.ª Dios os guarde, don Gutierre.
Todas. Padrinito, hasta despues.
(*Vanse doña Ines y las seis damas.*)

ESCENA III.

DOÑA MENCÍA. DON GUTIERRE.

D.ª Mencia. ¡Buena gavilla de locas
me fuisteis vos á traer!
¡Y que ofrezcan al Señor
muñecas de este jaez!
D. Gutier. ¿Qué tiene de singular?

El claustro es el almacen
de los frutos conyugales
difíciles de vender.

D.ª Mencia. No decís mal.

D. Gutier. Por supuesto;
y aunque vuestra hermana esté...

D.ª Mencia. Ines se llama.

D. Gutier. Costumbre
vieja, mala de perder.
Y eso que infinitas veces
he leido ese papel
que, muerta ya vuestra madre,
con los suyos encontré.

D.ª Mencia. Desde que lo he recibido
de vos, lo he vuelto á leer
veinte veces hoy. ¡Qué dama
la tal Beatriz Coronel!

D. Gutier. Esa sumaria dejad
suspensa, y sobreseed
en el asunto. Yo dije:
¿quiere en religion poner
doña Mencía á Inesita?
Vea el escrito, y despues
que la dote como quiera.
Yo mi obligacion haré
de este modo, aunque Dios sabe...

D.ª Mencia. ¿Qué razon hay de temer?
¿Qué hay allí que deje duda?

D. Gutier. Pues yo sí dudo.

D.ª Mencia. Atended.

(*Saca de un escritorio un papel y lee.*)

Cuando llegue á Méjico esta carta, Beatriz hermosa, ya habré pisado yo las playas europeas. Mi único consuelo al separarme para siempre de la muger que adoro, es la certeza de que su reputacion queda salva; pero ¡cuántas penas acibaran esta idea consoladora! Hay en Méjico un hombre, un caballero, cruelmente engañado; un hombre que llama hija suya á la que tú sabes que es mia, fruto de mi oculto amor. Este recuerdo me envilece á mis ojos hasta el punto de desconocer que de aquel engaño pende quizá nuestra vida. A Dios, Beatriz; borra de tu memoria los

vínculos que nos unen, y sé tan feliz como yo me ausento desgraciado.

¿A quién escribe este amante
que se firma *don Guillen*
Herrera?

D. Gutier. A la luterana
Beatriz, la madre de Ines.

D.ª Mencia. ¿Y el hombre que llama hija
á la que no ha dado el ser?...

D. Gutier. Parece que es don Alfonso
Lanuza.

D.ª Mencia. Sí, con soez
artificio de mi padre
burlaron la buena fé
Beatriz y el galan oculto
por su comun interes.
(*Pone el papel en el escritorio.*)
Misterios del sentimiento
vengo al fin á comprender:
esos renglones esplican
el origen del desden
que hácia Ines mal de mi grado
sentí desde la niñez.
Mi corazon rehusaba,
sin que supiese por qué,
sangre de origen estraño
por mia reconocer.
Nada me toca.

D. Gutier. Con todo,
yo vuelvo á mi pesadez.
Vuestra madre doña Juana
Leonor de Villaroel,
vuestra madre, que debia
ese secreto saber,
¿por qué razon lo calló?

D.ª Mencia. Porque un tiempo amiga fue
de Beatriz.

D. Gutier. Porque temió
un engaño padecer;
porque, como yo, dudaba
mucho lo que vos creeis.
A pesar de todo vos

dotais con esplendidez
á esa muchacha, la dais
estado...

D.ª Mencia. ¿Qué puedo hacer
mas?

D. Gutier. Quemar ese billete.
Ya ¿para qué lo quereis?
Sin fecha de lugar, ni año...
Y ha de ser falso tambien.
¿Quién escribe á una querida
con tan seca rigidez,
sin doscientos ay-de-mies,
sin lo de ingrata, cruel,
fiera?...

ESCENA IV.

SALOMÉ, *con un bolsillo vacío en la mano.* DOÑA MENCÍA. DON GUTIERRE.

Salomé. Señor don Gutierre,
doña Brígida Garcés,
la corcovadita, os ruega
que de pasar os digneis
un rato al jardin, y añade
que ya podeis recoger
este bolsillo.

D. Gutier. (*Tomándolo.*) ¡Es el mio!
Por la cara de Jaen
que me lo quitaron.

Salomé. ¡Huy!
¡Jesus qué desfachatez!

D. Gutier. Y sin blanca me lo vuelven.

D.ª Mencia. ¡Lindo juego!

Salomé. (*A don Gutierre.*) No os quejeis.
Veinte pobres á la puerta
la generosa merced
agradecen...

D. Gutier. Pues he sido
generoso sin querer.

Salomé. Hacer bien nunca se pierde.

D. Gutier. ¡Maldita de Dios amen

la tuerta! El chasco sabrá
su confesor; y pardiez
que ha de tenerla ocho dias
á cilicio y sin comer. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA MENCÍA. SALOMÉ.

Salomé. ¡Qué niñas estas de ogaño!
¡Miren qué damas de prez!
Desenvueltas, bellaconas,
bachilleras... Pues volved
la vista á los mancebitos.
El mejor no vale tres
ardites. ¡Tan estragados!
Sin respeto á la vejez...
Ni á la juventud tampoco;
porque en diciendo que ven
dos ojos negros, al punto
á minar, á corromper
la virtud de las criadas...

D.ª Mencia. ¿Ha sufrido algun vaiven
la vuestra, de poco acá?

Salomé. No me saqueis á la tez
los colores: bien me acuerdo
de la noche... Mas lloré
yo de verme despedida,
que lloró en Jerusalen
el patriarca Jacó
la pérdida de Josué.

D.ª Mencia. ¿Venís con carta de algun
almivarado doncel?

Salomé. ¡Para esos tratos soy yo!

D.ª Mencia. Acabad.

Salomé. ¡Buena sandez
fuera esponerme á segunda
espulsion! ¡Ay! al reves:
aunque supiera que vos
me habiais de agradecer
la mensagería...

D.ª Mencia. ¿Cómo?

Salomé. Entereza es menester,
eso sí; pero primero
soy yo. — Que tengo interes
grande en hablar con tu ama. —
No señor, no soy infiel. —
Que me importa honor y vida
verla. — Pues no la vereis. —
Que voy á salir al punto
de Madrid. — Marchad, y buen
viaje. — Que no es Inesita
con quien deseo tener
esta esplicacion forzosa,
que es doña Mencia. — Bien;
que lo sea.

D.ª Mencia. ¿Quién te hablaba
de esa manera? ¿Se fue?
¿Qué le has dicho?

Salomé. Yo le dije:
tan embozada traeis
la cara, que no conozco
si sois don Gonzalo, ó quién.

D.ª Mencia. ¡Gonzalo!

Salomé. Me dió un anillo,
y me ofreció un puntapie,
y para quejarme á vos
eché de miedo á correr.
Ponédmele de atrevido...

D.ª Mencia. Sí, yo le reprenderé.
Marcha á buscarle al momento.

Salomé. Si tuvo la avilantez
de seguirme. (*Llama.*) Don Gonzalo.

D.ª Mencia. ¿Está aqui? (*Sale don Gonzalo.*)

Salomé. Miradle.

D.ª Mencia. Ved
que á nadie...

Salomé. ¡Jesus! ¡Poquito
me lo habrá encargado él!

D.ª Mencia. Salid ahora.

Salomé. Sí, voy
al jardin con doña Ines. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON GONZALO. DOÑA MENCÍA.

D. Gonzalo. ¡Mencia!
D.ª Mencia. ¡Qué atrevimiento!
¡Qué imprudencia!—Pero vienes
turbado. ¿De qué? ¿Qué tienes?
D. Gonzalo. Mencia, de ti me ausento.
D.ª Mencia. Cuando mi aficion honesta
en deber se va á trocar,
cuando me vas á llamar
esposa, ¿qué ausencia es esta?
¿Es verdad, Gonzalo mio?
¡Tú me dejas, inhumano!
D. Gonzalo. Contra mí se alza una mano
que puede mas que mi brio.
D.ª Mencia. ¿Has provocado el furor
de algun grande de la corte?
D. Gonzalo. ¿Qué es eso para que importe?
Espada tengo y valor.
D.ª Mencia. ¿Te persigue la justicia?
D. Gonzalo. Jamas ofendí á la ley.
D.ª Mencia. ¿Eres contrario del rey?
D. Gonzalo. Soy soldado sin codicia.
D.ª Mencia. ¡Ah! ven á mis brazos, ven;
cesó mi susto mortal:
te sospeché criminal;
perdon te pido, mi bien. (*Abrázanse.*)
D. Gonzalo. ¡Ay! de esta dulce prision
se van á romper los lazos.
D.ª Mencia. Primero me harán pedazos
las venas del corazon.
Contra cualquiera poder
que te amenace sañudo
mi amor te ofrece un escudo
imposible de romper.
En mi casa encontrarás
seguridad y regalo.—
¿No me quieres ya, Gonzalo?
No, si de Madrid te vas.
D. Gonzalo. ¡Si te quiero me preguntas!

¿No es esta tu mano blanca
la que de mi pecho arranca
mil emponzoñadas puntas
que en él me clavó el pesar
desde mis años primeros?
Hasta que vi tus luceros
¿supe de veras amar?
¿Amar con afecto blando
sin conocer inquietud,
descansando en la virtud
y en la dicha descansando?
Creia yo que era amor
un fuego ardiente y voraz,
una pelea interior
mas gustosa que la paz,
un bello somnambulismo,
porque con dichas soñamos,
pero en que soñando vamos
á despertar á un abismo,
donde en lúgubre capuz
envuelto como fantasma,
el desengaño nos pasma
de la verdad á la luz;
mas tú descubrir me has hecho,
estrella de mi ventura,
del amor la parte pura
que estaba oculta en mi pecho;
y me parece el amarte
tan justo y santo deber
como el de adorar al Sér
que la vida nos reparte.
No es mi amor llama que oscila
movida de viento vario,
es luz que en un santuario
arde callada y tranquila,
es la afeccion natural
que se tienen dos gemelos
trasladados á los cielos
desde el seno maternal.

D.ª Mencia. ¡Y me abandonas, infiel!
Quédate: no me abandones.

D. Gonzalo. Con ocultarme te espones

á persecucion cruel.
D.ª Mencia. Venga la persecucion,
como te deje á mi lado.
D. Gonzalo. ¿Sabes que estoy denunciado?...
D.ª Mencia. ¿A quién?
D. Gonzalo. A la inquisicion.
D.ª Mencia. ¿Es posible? Tú me engañas.
D. Gonzalo. A ser otro el enemigo,
¿huyera yo de él?
D.ª Mencia. (*Ap.* Castigo
parece de mis marañas.)
Mas ¿cómo supiste?...
D. Gonzalo. Aviso
me ha dado mi delator.
D.ª Mencia. Prémiele Dios el favor.
D. Gonzalo. Pero anduvo tan remiso,
que yo el piadoso billete
todavía repasaba,
y ya en centinela estaba
frente á mi casa un corchete.
D.ª Mencia. En grave peligro estás.
(*Corre las cortinas de la ventana del fondo.*)
D. Gonzalo. Me salvaré: no te azores.
D.ª Mencia. Pero á los inquisidores
¿por qué sospecha les das?
¿Por qué temes que el severo
tribunal su rayo lance?
D. Gonzalo. Tengo una Biblia en romance...
y un retrato de Lutero.
D.ª Mencia. ¡Ay, Gonzalo de mi vida!
D. Gonzalo. Y por esto se me acusa.
D.ª Mencia. No tienes ninguna escusa.
Perdido estás, yo perdida.
Mas yo para tí soy mucho.
¿Harás lo que yo te ruegue?
D. Gonzalo. ¿Qué habrá que mi amor te niegue?
D.ª Mencia. Preséntate tú...
D. Gonzalo. ¡Qué escucho!
¡Que doble yo la rodilla
al santo oficio!
D.ª Mencia. El monarca
se la dobla, y cuanto abarca

la corona de Castilla,
círculo entero del sol.
¿Serás hombre de mas cuenta?...

D. Gonzalo. La inquisicion es la afrenta
del claro nombre español.

D.ª Mencia. ¿Qué has dicho? Sin duda fue
ilusion lo que entendí.
Ningun cristiano habla asi
del tribunal de la fé.

D. Gonzalo. Codicia y pérfida saña
crearon ese instituto
que á cien reinos dando luto
despuéblaselos á España.
Con la sospecha por guia,
ciego tribunal sentencia
rigores á la inocencia,
perdon á la hipocresía.
Propicio al denunciador,
contrario del acusado,
allí el triste calumniado
perece sin defensor.
Piérdele su noble aliento
al que sin crimen está,
y á morir al fuego va
quien no miente en el tormento.
Poder que al abrigo crece
del altar y del dosel,
á los dos se finge fiel
y á los dos desobedece.
Queriendo á la fé servir,
su moral desacredita;
queriendo vengarla, irrita
en lugar de convertir;
y con disculpa menor
que la ceguedad indiana,
banquetes de carne humana
da por culto al Criador.

D.ª Mencia. Cierra ese labio blasfemo,
porque oyéndote desmayo,
y ante mis ojos un rayo
que te haga ceniza temo.
¡Si te oyeran, infeliz!...

Busca asilo en tierra estraña,
librate de la guadaña
que amenaza tu cerviz.
Yo misma, yo, que te adoro,
yo ya me debo acusar
de que te pude escuchar.
Parte: ¿necesitas oro?
¿necesitas un caballo?
Uno y otro te daré,
y un guia, y te salvaré.

D. Gonzalo. Si hay voces, yo no las hallo
para pintar la efusion
de este pecho agradecido.

D.ª Mencia. Ibas á ser mi marido;
cumplo con mi obligacion.
Pide, si quieres, mi fama,
mi caudal, mas: mi existencia;
pero de mi mi conciencia
deber mas alto reclama.
Huye, pues quieres huir:
yo imploraré tu perdon
aqui de la inquisicion.

D. Gonzalo. ¿No me pudieras seguir?

D.ª Mencia. Sin perdon ó sin licencia
del tribunal, es en vano
pensar que te dé la mano.

D. Gonzalo. ¿Y cabe en él indulgencia?
No: si es verdad que me amas,
tú de intento mudarás,
pues con ese bien verás
que me pierdes ó me infamas.
Yo creo con sencillez
doctrinas que no examino,
y adoro á Dios Uno y Trino
mejor quizá que mi juez.
Yo por su nombre sagrado
mucha de mi sangre dí,
y si quiere mas, aqui
tiene la que me ha quedado.
El que nace caballero
la fé guarda en que nació;
moriré en la mia yo

como español verdadero.
Pero por esto rehusa
ceder mi justa soberbia,
porque de impía protervia
mi conciencia no me acusa.
De culpa que no cometo
ni al Señor perdon le pido.

D.ª Mencia. Si culpa no has cometido,
¿por qué temes el decreto
del tribunal? El sabrá...

D. Gonzalo. ¿Y me juzgará inocente
si escucha mi voz valiente
que quizá le acusará?
Furioso de que acrimine
sus fanáticos escesos,
astillas me hará los huesos
para que Dios me ilumine.

D.ª Mencia. De la vergüenza y del potro
te libras segun indico.

D. Gonzalo. Yo ni miento ni suplico,
y alli es preciso uno y otro.
Pasar yo por delincuente
y respetar el error
es vileza, es deshonor
que mi sangre no consiente.
Dejemos pues de consuno
este mísero confin:
en él de los dos al fin
no tuvo cuna ninguno.
¿Quién quiere vivir tampoco
de tanto riesgo cercado,
como pájaro entregado
á los caprichos de un loco,
donde hace la tiranía
que pone á las almas yugo
de un sacerdote un verdugo,
de cada fiel un espía?
Las palabras del contento,
las figuras del decir,
el saludarse, el vestir,
el holgar, el alimento,
todo bajo aspecto falso

aqui se manda mirar,
y todo puede llevar
al español al cadalso.
¿Qué sosiego no alborota
la fama tener, la vida,
de los labios suspendida
de un escrupuloso idiota?

D.ª Mencia. No mas, Gonzalo, no mas:
harto sufrí tus estremos.
Vete.

D. Gonzalo. ¡Nos separaremos!

D.ª Mencia. Para no vernos jamas.
Tú no me has amado, tú
no eres noble ni cristiano,
ni es tu origen castellano,
ni has nacido en el Perú.
¿A Dios humillarte dudas
rogándotelo tu amada?
Contigo ¿no puedo nada?

D. Gonzalo. No á las lágrimas acudas
para vencer mi entereza.

D.ª Mencia. ¿Y es sacrificio pequeño
reconocerte por dueño
rindiéndote mi aspereza?
Yo que de la sociedad
repelida me miraba,
y en el claustro me encerraba
por despecho y vanidad,
yo que al amor en buen hora
renunciaba por no oir
á mi marido decir:
soy mejor que vos, señora;
yo que bajo el peso enorme
de un baldon que no es injusto
vivia, si no con gusto,
con mi ignominia conforme;
y apelando á noble ardid
que esta ignominia cubriese,
queria que me debiese
un rico templo Madrid,
donde entre vírgenes puras,
modelos de caridad,

hallase yo la igualdad
y de la paz las dulzuras;
¡yo nada te sacrifico!
De mi opinion la mudanza
¡nada merece ni alcanza
de aquel á quien la dedico!
¿Nada es atraerme toda
la befa del vulgo atroz,
que sin piedad á una voz
escarneciera mi boda?
¿Por qué en el pérfido halago
de tus palabras creí?
¡Desventurada de mí!
¡A tanto amor este pago!

(*Al decir doña Mencia el verso «yo nada te sacrifico» se han asomado con precaucion doña Ines y Salomé á la ventana del fondo, entreabriendo las cortinas.— Doña Mencía se apoya en un sillon, volviendo la espalda á don Gonzalo para ocultar sus lágrimas: don Gonzalo se acerca á ella con ternura.*)

ESCENA VII.

DOÑA INES *y* SALOMÉ, *á la ventana.* DOÑA MENCÍA *y* DON GONZALO, *sin verlas.*

D.ª Ines. (*Bajo á Salomé.*)
Ves ¡qué hermana!
Salomé. (*Bajo á doña Ines.*) Reprimios.
D. Gonzalo. (*A doña Mencía.*)
¿Asi de mi amor te atreves
á dudar?
D.ª Ines. (*Ap.*) ¡Aleve! ¡Aleves!
No puedo ver mas.
Salomé. (*Bajo á doña Ines.*) Venios.
(*Quítanse de la ventana.*)

ESCENA VIII.

DOÑA MENCÍA. DON GONZALO.

D. Gonzalo. Resuélvete á la partida.
D.ª Mencia. ¿Dónde piensas ir?

D. Gonzalo. A Flandes.
D.ª Mencia. Sí, son alicientes grandes
la creencia y la querida.
D. Gonzalo. Me injurias.
D.ª Mencia. Mucho labró
el trato herético en tí.
D. Gonzalo. No, pero la contra oí,
y tú sabes solo el pró.
D.ª Mencia. Si tu fé viviera aun
tan pura como debia...
D. Gonzalo. En España es heregía
tener sentido comun.
D.ª Mencia. Di que en España no amaste,
y cese el disimular.
A Flandes vas á buscar
á la dama que dejaste.
D. Gonzalo. ¡Yo!
D.ª Mencia. Tú. ¿No me has confesado?...
D. Gonzalo. El amor de que te hablé
una vez, en Lima fue.
D.ª Mencia. De Lima te has ausentado,
y hacerlo tu dama pudo.
D. Gonzalo. Solo á Méjico pasó:
alli cruel la llevó...
D.ª Mencia. ¿Quién?
D. Gonzalo. Un padre testarudo.
D.ª Mencia. Tú sin duda la seguiste.
D. Gonzalo. Era mi primer cariño,
y yo entonces casi niño.
D.ª Mencia. ¿Con que en Méjico viviste?
D. Gonzalo. Poco tiempo, y encubierto
con otro nombre.
D.ª Mencia. ¿Cuál era?
D. Gonzalo. El de don Guillen...
D.ª Mencia. ¿Herrera?
D. Gonzalo. ¿Por dónde lo has descubierto?
D.ª Mencia. ¡Qué oigo! Beatriz Coronel
¿fue acaso?...
D. Gonzalo. Fue la que dió...
He sabido que murió.
D.ª Mencia. ¿Has escrito este papel?
(*Preséntale el que antes á don Gutierre.*)

D. Gonzalo. Sí, para ella. ¿Dónde está
mi hija? De esa infeliz
¿sabes como de Beatriz?
D.ª Mencia. Sí, sé.
D. Gonzalo. Dime...
(*Dentro las damas 1.ª y 2.ª, riendo.*)
¡Ah, ah, ah!
D.ª Mencia. Vienen: ocúltate.
(*Tómale el papel, y se lo guarda en el pecho.*)
D. Gonzalo. Quiero
saber...
D.ª Mencia. Que vas á perderte.
D. Gonzalo. No: revélame la suerte...
D.ª Mencia. Retirarte es lo primero.
Ven.
(*Conduce á don Gonzalo hasta la primera puerta de la izquierda, y desde el umbral le señala el aposento donde debe ocultarse.*)
Allí.

ESCENA IX.

LAS DAMAS 1.ª *y* 2.ª DOÑA MENCÍA.

Dama 1.ª Señora, trate
de hacerse menos huraña;
venga en amor y compaña
á tomar el chocolate.
D.ª Mencia. Yo tenia que hacer...
Dama 2.ª Uno
mi ruego, si es necesario.
Dama 1.ª Si rezabais el rosario,
despues...
D.ª Mencia. (*Ap.* ¡Empeño importuno!)
Estaré un instante.
Dama 1.ª ¡Bueno!
Vereis allí ¡qué alborozo!
Don Gutierre está hecho un mozo;
pero al pobre le condeno.
D.ª Mencia. Juicio.
Dama 1.ª Cuando el caso llega,
lo tengo.

D.ª Mencia. Valiente loca.
Dama 1.ª La mas fruncida de boca
es la que mejor la pega.
(*Vanse por la derecha.*)

ESCENA X.

DOÑA INES, *saliendo por la segunda puerta de la izquierda.*

Ninguno está.—Se llevaron
á la traidora de aqui.
¿Es cierto que yo le vi?
Mis ojos ¿no me engañaron?
Ellos eran: me burlaron;
y aquel riesgo tan temido
villano artificio ha sido
para que sumisa diera
mi cabello á la tijera,
mis amores al olvido.
¿Esta de un hombre es la fé?
¿Merecia tal traicion
mi sencillo corazon?
Yo que ciega le adoré
¿le ofendí jamas? ¿En qué?
Nací con fatal estrella.
¿Será mi hermana mas bella?
¿Es que á Gonzalo engañó
como á mí? No importa, no:
perjuro es él, vil es ella.
(*Llégase á la puerta por donde se entró don Gonzalo.*)
Cerrado.—Aqui está el infiel.
¿Para qué le quiero hablar?
Me está esperando el altar.
¡Bien dispuesta voy á él!
No es mi corazon cruel;
mas ¿puede tener templanza
la muger que á ver alcanza
su candor escarnecido,
ageno su bien querido?
Venganza, celos, venganza.

ESCENA XI.

DON GUTIERRE. DOÑA INES.

D. Gutier. ¿Sola aqui Inesita? Sí,
que ya basta de bureo.
Que me place el encontrarte.
D.ª Ines. Yo de que vengais me alegro.
Necesito consultaros.
D. Gutier. Yo preguntarte. Sentémonos. (*Siéntanse.*)
Ines, quien impune deja
un delito se hace reo
de aquel delito.
D.ª Ines. Es verdad.
D. Gutier. ¡Friolera! Si es proverbio
inquisitorial. ¡Oh! y es
cuanto cabe encarecerlo,
porque el santo oficio debe
á Dios su establecimiento,
que antes de crear el mundo,
lo puso...
D.ª Ines. ¿Dónde?
D. Gutier. En el cielo.
Alli en auto general
Dios, inquisidor primero,
condenó al angel herege
con sus complices al fuego.
El á Adan heretizante,
porque del castigo impuesto
se atrevió á dudar, formó
secretamente proceso;
y el padre de las naciones
oyó el judicial decreto
vestido un saco de piel,
sambenito de su tiempo;
y confiscados sus bienes,
inhábil para el empleo
de guardian del Paraiso,
pena sufrió de destierro,
y toda su vida tuvo
por carcel el universo.
D.ª Ines. Yo no dudo, don Gutierre...

D. Gutier. Si consta del Pentateuco.
Sara, muger de Abraham (1),
fue contra Ismael protervo
inquisidora...

D.ª Ines. Esa Sara
que me decís ¿tuvo celos?

D. Gutier. Moisés inquisitorió
á Faraon y á su pueblo,
Samuel á otro rey tambien,
David á los filisteos,
y Nabucodonosor...

D.ª Ines. ¿No os parece un sacrilegio
que á una huérfana infeliz?...

D. Gutier. Despues que vió á los mancebos
del horno de Babilonia
salir de la llama ilesos...

D.ª Ines. ¿Adónde vais á parar
con tal preámbulo?

D. Gutier. A esto:
á decir que la heregía
es crimen de privilegio,
crimen, digo, que á la regla
general no está sujeto:
que es obligacion forzosa
de todo fiel verdadero
delatar á los hereges
que sepa lo son de cierto;
delatar á los que dude
si lo son ó si lo fueron,
ó tema que lo serán
si no se pone remedio;
y delatarse á sí mismo
si en herético concepto
desplegar el labio pudo
por malicia ó desacuerdo.

D.ª Ines. Don Gutierre, me asustais.

---

(1) *Officio inquisitoris Sara functa est, cum Ismaelem ob idololatriam à domo Abrahæ expulit.*

Casi todos los despropósitos que hacina aqui don Gutierre estan copiados de la obra del inquisidor Luis de Páramo, titulada: *De origine et progressu Inquisitionis.*

D. Gutier. Aunque el temerario acento
suene en retirada estancia
sin testigos, no por eso
se libra el que lo profiere
del anatema tremendo
de la escomunion.

D.ª Ines. ¡Jesus!

D. Gutier. Ines, en este momento
se me encarga que descubra
de un herege el paradero.

D.ª Ines. ¿De un herege? ¡Ahora!
(*Con ironía amarga.*)

D. Gutier. Ines,
en esta casa le vieron
entrar; á verte ha venido...

D.ª Ines. (*Levantándose.*)
Mienten, mienten; ese pérfido
no viene por mí.

D. Gutier. ¿Tú sabes?...

D.ª Ines. Otros ojos le rindieron,
¡ay! y por eso los mios
se llenan de lloro acerbo.

D. Gutier. ¿Te olvidas de que hoy sus puertas
abre para tí el convento,
y que hay entredicho allí
para profanos recuerdos?

D.ª Ines. Yo quise bien, quiero aun.
Mi hermana...

D. Gutier. Obra con acierto...

D.ª Ines. ¿Usurpándome mi amor?
¡Qué infamia!

D. Gutier. Pasmado quedo.

D.ª Ines. A ella busca don Gonzalo:
requebrándose estuvieron
aqui.

D. Gutier. ¿Le quiere Mencía?

D.ª Ines. ¿Si le quiere? con estremo.
Menos que yo, sin embargo.

D. Gutier. ¿Y le oculta?...

D.ª Ines. Por supuesto:
de vos, de la inquisicion.

D. Gutier. ¡Cómo! ¿A un secuaz de Lutero?

Brujo es sin duda el herege
y os ha barajado el seso
con hechizos.

D.ª Ines. Sí señor,
bien decís, es hechicero.

D. Gutier. ¿Y dónde está?

D.ª Ines. No os lo digo
si no me haceis juramento
de que no peligrará
en la inquisicion.

D. Gutier. Prometo
que le tendrán... bien seguro.

D.ª Ines. Que se ha de salvar.

D. Gutier. Haremos
que se averigüe con él
el mejor padre maestro.
Un alma vale... Y ¿está
en la casa?...

D.ª Ines. Solo quiero
que Mencía no se case
con él, ya que yo le pierdo.

D. Gutier. ¡Casarse con él Mencía!
¿Soy acaso yo tan viejo?
¡Buen lance fuera que al fin
de diez años de silencio,
cuando ella mas madurez,
cuando yo mas prisa tengo,
viniera ¿quién? un herege
á trastornar mis proyectos!

D.ª Ines. ¿Vos amabais á mi hermana?

D. Gutier. ¿Cuánto ha que en un monasterio
estaria ella si no?

D.ª Ines. Haced que sus devaneos
renuncie, y os dé la mano.

D. Gutier. Lo intentaré por lo menos.

D.ª Ines. ¡Yo, pobre de mí!...

D. Gutier. Durante
tu noviciado, veremos
qué se puede hacer.

D.ª Ines. ¿Por quién?

D. Gutier. Por tí.

D.ª Ines. Mi agradecimiento...

¿Qué hareis conmigo? ¿Sacarme
de allí?

D. Gutier. Si ese caballero...

D.ª Ines. Es un traidor, un aleve.

D. Gutier. Malo.

D.ª Ines. Pero amable.

D. Gutier. Bueno.

D.ª Ines. Sano corazon.

D. Gutier. Mejor.

D.ª Ines. Hombre de chapa, discreto,
bizarro...

D. Gutier. Un *Petrus in cunctis*,
como se reduzca al gremio
de la Iglesia.

D.ª Ines. Yo en el coro
pasaré el dia pidiendo
su conversion al Señor;
por él ceñiré mi cuerpo
de agudas puntas; por él
será una losa mi lecho;
mis rodillas abrirán
huella profunda en el suelo,
y la bóveda celeste
penetrarán mis lamentos.

D. Gutier. Y él se reconocerá,
él abjurará en secreto,
nadie lo sabrá, Mencía
cederá, y os casaremos.

D.ª Ines. ¡Ah! ¡mi bien hechor, mi amigo!

D. Gutier. Con que no perdamos tiempo.
Dime: ¿dónde?...

D.ª Ines. Debe estar
sin duda en el aposento
que hay al fin de este pasillo.

D. Gutier. Chit, chit.

(*Salen varios alguaciles de la inquisicion.*)

Aqui le tenemos.

(*Don Gutierre va á abrir la puerta que le ha designado doña Ines.*)

D.ª Ines. Está cerrada.

D. Gutier. (*Echando el cerrojo.*) Se pasa
el cerrojo, y queda preso

por aqui.

D.ª Ines. Del otro lado...

D. Gutier. Como la llave conservo
del jardin, y es la maestra,
si es menester, abro y entro.
Vamos, en nombre de Dios, (*Santíguase.*)
hijos. Por allá saldremos.

D.ª Ines. Tratadmele bien. (*Con ahinco.*)

D. Gutier. Descuida.
Nuestro pio ministerio
tiene por obligacion
la dulzura y miramiento,
y con la gorra en la mano
al coche le llevaremos.

(*Vanse don Gutierre y los aguaciles por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA XII.

DOÑA INES.

Si se acercase á esta puerta...
(*Llégase á la puerta del pasillo y llama blandamente.*)
Si yo...—Gonzalo.—Está lejos.
Y ¿qué me puede decir?
Me engañaria de nuevo.
Huiría, le perdería.
Bien hice, no me arrepiento.

ESCENA XIII.

DOÑA MENCÍA. DOÑA INES.

D.ª Men. La hora llegó de que tu á Dios reciba
esta mansion en que viví contigo:
te llama el claustro á su feliz abrigo,
y llega ya por tí la comitiva.

D.ª Ines. Un instante, un instante. (*Agitada.*)

D.ª Men. Don Gutierre...

D.ª Ines. No le llames: vendrá.

D.ª Men. Tu ánimo esfuerza;
mengua es que ya tu voluntad se tuerza.

Tu guia es la virtud: nada te aterre.

D.ª Ines. Calla. ¿No oiste?

D.ª Men. ¿Qué?

D.ª Ines. Rumor lejano.

D.ª Men. ¿Dónde?

D.ª Ines. (*Señalando la puerta del pasillo.*)
Aqui... por aqui.

D.ª Men. Todo reposa.

D.ª Ines. No: percibo la marcha silenciosa...

D.ª Men. ¡Qué agitacion, Ines!

D.ª Ines. Y no es en vano.
¿Cómo no tiemblas si mi susto miras?

D.ª Men. ¿Temblar? ¿De qué?

D.ª Ines. Con frialdad lo dices,
mas pierden tus megillas sus matices,
vagan tus ojos, con afan respiras.
Testimonio me dan á tí contrario
tu seno, tus megillas y tus ojos.
Para todos, hermana, tiene abrojos
de la vida mortal el campo vario.

D.ª Men. (*Dando una ojeada furtiva á la puerta que cerró.*) ¿Qué me quieres decir?

D.ª Ines. ¡Ah! tus miradas
ya esa puerta hácia sí tambien atrae.
Sus hojas por tu mano estan cerradas;
mas la víctima al fin tras ellas cae.
Sé tus amores.

D.ª Men. (*Asustada y suplicante.*)
Compasion, silencio.

D.ª Ines. Yo compasion en el jardin pedia:
¿qué respondió la bárbara Mencía?

D.ª Men. Por el Señor...

D.ª Ines. Su nombre reverencio,
mas su justicia en mi favor imploro.
Sí, su justicia, que vengarme debe
de una muger feroz, de un hombre aleve
que me sumieron en eterno lloro.

D.ª Men. ¡Ah! si el peligro de Gonzalo sabes,
no reveles, Ines, que aqui se esconde.

D.ª Ines. Imposible de mí que lo recabes.
A perfidia, perfidia corresponde.

D.ª Men. Sus pasos ya la inquisicion acecha...

D.ª Ines. Lo sé.
D.ª Men. Y si pasa del umbral tremendo...
D.ª Ines. Pasará...
D.ª Men. Un dia le verás ardiendo
en hoguera voraz.
D.ª Ines. (*Ap.*) ¡Oh! ¡qué sospecha!
D.ª Men. Enemigo tenaz del santo oficio
Gonzalo, y orgulloso como noble,
primero que á la súplica se doble
ha de hacer de su vida sacrificio.
D.ª Ines. ¡Cielos! ¿Será verdad? ¿Ni habrá clemencia,
ni es de Gonzalo que vencer se deje?
D.ª Men. El para el tribunal seráun herege,
y su teson á muerte le sentencia.
D.ª Ines. ¡A muerte!
D.ª Men. Sí.
D.ª Ines. ¡Gran Dios!
D.ª Men. Ines, aparta
de tí el rencor, que del puñal que vibres
no hay medio, no, de que tu pecho libres.
Mira lo que descubro en esa carta
de Gonzalo á tu madre. (*Se la da.*)
D.ª Ines. (*Viendo la firma.*) *Guillen* dice.
D.ª Men. Es Gonzalo.
D.ª Ines. ¡Es su letra! No comprendo... (*Lee.*)
«Fruto de oculto amor...» Todo lo entiendo.
No soy tu hermana.
D.ª Men. No.
D.ª Ines. ¡Qué es lo que hice!
D.ª Men. (*Con terror.*) ¡Ines!
D.ª Ines. Abre esa puerta: todavía
puede...
D.ª Men. ¿Fuiste capaz?...
(*Se oye un coche que arranca.*)
D.ª Ines. ¡Una carroza!
Ya es tarde.
D.ª Men. (*Asomándose á la ventana de la derecha.*)
¡Le prendieron! Goza, goza
tu venganza, cruel, ella es la mia.
D.ª Ines. ¡Desdichada!
D.ª Men. Buscó tu enojo ciego
dos víctimas; hay tres.

D. Gonz. (*Dentro.*) Sirve de madre
á mi hija, Mencía.
D.ª Men. Oye á tu padre,
al que conduces á morir al fuego.
D. Gonz. (*Dentro, ya á mayor distancia.*)
Abrázala por mí.
D.ª Men. No: la maldigo.
Vil instrumento de mi suerte esquiva,
mancha mi nombre, de mi bien me priva.
Si la dejo vivir es por castigo.
D.ª Ines. (*Yendo hácia la ventana.*)
Padre, perdon.
D.ª Men. Su muerte y mi tormento
caigan...
D.ª Ines. (*Arrojándose á los pies de doña Mencia.*)
¡Piedad!
D.ª Men. Sobre tu frente impura.
D.ª Ines. Abreme aqui á tus pies la sepultura.
D.ª Men. Ven á espirar de angustia en el convento.
(*Cógela violentamente de un brazo, y llévasela consigo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un locutorio. A la línea de la penúltima caja una verja que cruza el ancho de la escena, dejando una puerta grande en el medio; en el fondo la de la portería, y una ventanilla para ver quién llama. El espacio comprendido entre la verja y el telon de foro da paso por la derecha á la huerta ó jardin del convento, y por la izquierda á las piezas de oficio. Otra puerta, colocada entre las primeras cajas de la izquierda, comunica con el claustro. Una mesa á la derecha. Sillas y cuadros devotos.

ESCENA PRIMERA.

CHACON *y varios criados;* LA TORNERA *del convento y algunas hermanas legas, todos en la portería. Las legas transportan á las piezas de oficio varios azafates, fuentes de dulces y garrafas que reciben de los criados.*

Chacon. (*A las legas.*)
Tomen esos azafates,
¡pése á su flema!
Tornera. ¡Qué humor!
Chacon. (*Mirando hácia el portal.*)
¡Por vida de mi señora!
Tornera. No jure el escuderon.
Chacon. (*Irritado.*) ¡Madre tornera!
Tornera. No debo...
Chacon. Hacer de predicador.
¿Qué le importa que yo jure
ó cante el kirieleyson?
Cuide de cobrar la sisa
de las confituras...
Tornera. ¡Yo!

Chacon. Ella y todas golosean.
Tornera. Piense bien y hable mejor.
Chacon. ¿Si sabremos lo que pasa
en dia de profesion?
Tornera. ¿Fue monja?
Chacon. Fuí monacillo.
Váyanse ellos.
(*A los criados, los cuales se retiran.*)
Tornera. ¿Se acabó?
Chacon. ¿No tienen ya para hacer
año y medio colacion?
¿O quieren hoy engullirse
toda la calle Mayor?
Tornera. Quiero... que se marche ya.
(*Chacon pasa por un momento al portal: cuando la tornera va á cerrar la puerta, vuelve aquel á la portería trayendo un cuadro de cinco cuartas de alto, cubierto con un lienzo.*)
Chacon. Menos precipitacion.
Cargue con esto.
Tornera. (*Tomando el cuadro.*) ¡Jesus!
Si pesa...
Chacon. Sus ciento y dos
inviernos son los pesados.
Traiga acá. (*Quítale el cuadro.*)
Tornera. Si es un tablon.
(*Chacon pasa al locutorio, y pone el retrato encima de una mesa, arrimándolo al muro.*)
Chacon. Para la celda de Ines.
Tornera. ¿Algun santo?
Chacon. Padeció
martirio al menos, y en casa
no faltó quien devocion
le tuviera.
(*La tornera descubre el retrato por un instante: Chacon al verle hace un ademan de cólera.*)
Tornera. Es un retrato
de muger. ¿Quién?...
Chacon. ¡Mala tos
coja la dueña barbuda
que en mis manos entregó
tapado ese cuadro asi

para no ver el error!

Tornera. ¿Cuál?

Chacon. Que no es esa la madre
de Ines.

Tornera. La equivocacion
se remedia con un viaje.

Chacon. Falta que otro cometió
yo no la enmiendo. Y que puede
ser esta alguna aprension
de las que tiene mi ama:
tal vez ella lo mandó;
porque su caletre, vamos...
cada vez está peor.

Tornera. Anda enferma.

Chacon. Y medio loca.
Si hoy mismo... Al diablo la doy.

Tornera. ¿Por qué?

Chacon. Porque desde casa
aquì no se dirigió.
La busco, y... nada: me aguardo,
y... Perdóneme el Señor.
(*Toma una silla.*)

Tornera. ¿Qué hace?

Chacon. ¿No lo ve? Me siento.

Tornera. No puede, hermano Chacon,
quedarse en el locutorio.

Chacon. Eh, madre San Armengól,
conceda por lo traido
hospedage al portador.

Tornera. No es posible; salga fuera.

Chacon. (*Como quien busca un pretesto.*)
Sin ver á Inesita, no.

Tornera. Vaya á la reja del coro,
y la verá á su sabor
al profesar.

Chacon. Para hablarla
¡pintiparada ocasion!
¿No entra don Gutierre aqui?

Tornera. Es nuestro administrador.
El solo y doña Mencía
los esceptuados son
de la orden que esta mañana

la superiora me dió.
A nadie mas quiere ver
la hermanita Encarnacion,
Ines en el siglo.

Chacon. (*Dando á la Tornera una caja de tabaco.*)
Tome
un polvo, vaya.

Tornera. ¡Qué olor!

Chacon. Es rico.

Tornera. Famoso.

Chacon. Guarde
la caja.

Tornera. Sea por Dios.

Chacon. Y déjeme á la Inesita
ver, asi de refilon,
cuando venga.

Tornera. Espere ahora
en el jardin.

Chacon. Bien, ya estoy.

Tornera. Despues... (*Llaman á la puerta.*) Llaman.
(*Va á ver quién es, y señala á Chacon por dónde se va al jardin.*)
Por ahí.
¿Quién? (*A Chacon.*) Marche sin dilacion.

D. Gutier. (*Dentro.*) Soy yo, madre.

Tornera. Es don Gutierre.
Ya van. (*A Chacon.*) Salga: ¿no me oyó?

Chacon. ¿Viene mi ama con él?

Tornera. Sí tal.

Chacon. (*Ap. al irse.*) ¡Maldito moscon!
Aguardaré á que la deje
sola. (*Vase Chacon. Vuelven á llamar.*)

Tornera. Señores, ya voy. (*Abre.*)

ESCENA II.

DOÑA MENCÍA. DON GUTIERRE. LA TORNERA.

D. Gutier. Sea Dios en esta casa.

Tornera. El les dé su bendicion.

D. Gutier. ¿Trajeron?...

Tornera. Todo. El retrato

es ese. Chacon dudó
si acaso...

D.ª Mencia. ¿Dónde está Ines?

Tornera. A los pies del confesor.
Voy, voy á ver si despacha
para que venga con vos. (*Les da sillas.*)
Siéntense. (*Aparte al irse.* Doña Mencia
parece un cadáver hoy.) (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA MENCÍA. DON GUTIERRE.

D.ª Mencia. (*Sentándose.*)
¡Ay!

D. Gutier. ¡Qué abatida! ¿Os sentis
con grave indisposicion?

D.ª Mencia. ¿No os acordais? Mi ventura
hoy ha un año que murió.

D. Gutier. No tal, el martes pasado...

D.ª Mencia. Martes fue; teneis razon.
Hasta la memoria ya
me ha trastornado el dolor. —
¡Un año sin verle, un año
sin saber si pereció,
si...

D. Gutier. ¡Qué! Don Gutierre vive.

D.ª Mencia. Vive en una reclusion;
vive... ¿dónde? Me lo callan,
nadie responde á mi voz,
ninguno alivia las penas
de mi triste corazon.

D. Gutier. Mencía, hija.

D.ª Mencia. Callad.
¡Hija! Palabra de horror.
¿Por qué á esa fatal muger
vida mi Gonzalo dió?
Y esa América que cria
tanta serpiente feroz,
¿por qué á la cuna de Ines
una de ellas no envió?

D. Gutier. ¿Qué decís?

D.ª Mencia. ¡Ah desgraciada!
Bien merece compasion.
Padre y amante ha perdido.
D. Gutier. Confianza en el Señor.
A la hija y á la esposa,
católico ya de pró,
quizá pronto don Gonzalo
vendrá á dar un alegron.
D.ª Mencia. ¡Oiga mi ruego ferviente
la madre del Salvador!
¿Cómo tornará á mis brazos
de aquella horrible mansion,
de aquel infierno de vivos
donde mi celo me hundió?
¡Mi celo! mi ceguedad,
mi insensatez.
D. Gutier. El mejor
partido, el único propio
de tan árdua situacion
como la vuestra, ese fue:
con la prontitud mayor,
antes de veros citada,
pedir reconciliacion.
Enamorada de un hombre
que el santo oficio mandó
prender como sospechoso
de vehementi, erais vos
muy sospechosa tambien.
D.ª Mencia. ¡Qué escarmiento, qué leccion!
Yo, fanática, impelida
de escrupuloso temor,
al tribunal me presento,
¡y una horrorosa prision
encuentro por recompensa
de la fé que me guió!
D. Gutier. Eh, dejad...
D.ª Mencia. (*Arrebatándose por grados.*)
Me ven sencilla,
y me acusan de traicion.
Con preguntas que no entiendo,
que Satanás inventó,
en laberinto enredoso

pierden mi imaginacion.
Hablando me contradigo,
hágome rea si no.
De mi linage me piden
toda la historia interior;
exigen la de mi vida
cada dia que pasó;
cuenta quieren que les dé
de cada palpitacion
de mi pecho, sin piedad,
sin respeto á mi pudor.
¡Monstruos!

D. Gutier. Señora...

D.ª Mencia. Os detesto.
Recibid mi execracion.

D. Gutier. (*Ap.*) Ya va á empezar...

D.ª Mencia. ¡Impostores!
quéme un rayo abrasador
vuestras entrañas de hiena,
vuestra lengua de escorpion.

D. Gutier. Mirad que estais...

D.ª Mencia. (*Levantándose frenética.*) No estoy loca:
sé qué digo, sé quién sois.
¡Tan vil sospecha de mí!
Apartad, calumniador.

D. Gutier. (*Ap.*) ¡Un mes en el santo oficio
qué estrago en ella causó!
Vaya, si...

D.ª Mencia. (*Vagando por el proscenio.*)
¡Misericordia!
Escuchadme sin pasion.
Compadecedme. — ¡Qué frio!
Si aqui no penetra el sol.
Mirad que tiemblo, que lloro.
¿Cuándo Mencía lloró?
Ya no hay en mis nervios fuerza,
ni hay en mi sangre calor.—
Os lo juro, sacerdote.
Desconocidos me son.
Amo á Gonzalo, es verdad;
pero por el Redentor
que no sé de esos hereges. —

¡Vos lo creeis! ¡Oh baldon! —
Habré de mentir. — La mano
quieta, vil ejecutor. —
¡Agarrotada, prensada
con esos cordeles! ¡Oh!
¡Colgada de alli! Pero ¿es
un tigre un inquisidor? —
Soltadme. — ¡Cielos, valedme!
¡Ay, ay!

(*Huye despavorida por el teatro, y se agarra convulsa á un sillon. Don Gutierre acude á sostenerla.*)

D. Gutier. (*Despues de una pausa.*)
Ya se desfogó.
Querida Mencía.

D.ª Mencia. ¿Quién?...
¡Ah! ¡qué diferente voz!
¿Dónde estamos, don Gutierre?
Ya lo comprendo. Perdon.
Habré dicho... Tal combate
mi espíritu padeció.

D. Gutier. (*Ap.*) ¡Que pueda aquel tribunal
incurrir en un error!
En estos tiempos sucede
lo que nunca sucedió.

D.ª Mencia. ¡Qué vergüenza! ¡Yo casada!
¡Casada en la inquisicion!
¡Yo, cielos, haber mentido
en ofensa de mi honor!
¡Ay! al ver el potro dije
mas que se me preguntó.
¿Me libro asi de miraros?
¿Sí? pues deshonrada estoy.

D. Gutier. ¿Quién habrá que se figure
que se mienta de terror?
Juicios son incomprensibles
para el hombre los de Dios.

D.ª Mencia. Boda con auspicios tales
es boda de maldicion.
¡Ni aun vi para dar mi mano
á mi esposo!

D. Gutier. Él me otorgó
su poder, y el desposorio

se celebró en comision.
¿Cómo ver á don Gonzalo
cuando se le sentenció
á carcel en un convento
sin mas comunicacion
que la de algun religioso?
No era posible.—Rigor
es por cierto de mi estrella:
querer casarme con vos,
y hacerlo *in caput alienum*.
Dios me dé resignacion.
Pero Mencía, que sabe
con qué ternura la amó
siempre este viejo que fue
su amigo, padre y tutor,
no le negará en su pecho
algun mezquino rincon,
premio de un tierno desvelo
que nunca se desmintió.
Vendrá Gonzalo, hija mia,
renovareis vuestra union,
crecerán en torno vuestro
los frutos de vuestro amor:
permitidme ser testigo
de la dicha de los dos.

D.ª Mencia. ¡Don Gutierre!

D. Gutier. Ya lo veis:
de aqui desapareció
el escudo cuya vista
os infundiera pavor.
Remordimientos confieso
que el dejarlo me costó;
pero si en mí el tribunal
ha perdido un servidor,
un conde ocupó mi puesto;
y aunque es noble profesion
la de familiar, requiere
temple de tanto vigor,
tanta dureza de entrañas...
y yo no soy un Neron.
Basta para pesadumbres
la primera que me dió.

¿Cuándo pude sospechar
en mi cristiano fervor
que lágrimas me costara
cumplir con mi obligacion?
Mas no recordemos esto.
¿Me juzgais acreedor
á un lugar en vuestra casa
y otro en vuestra estimacion?

D.ª Mencia. ¡Ah señor! ¡Ah padre mio!
Esa pregunta ofendió
la gratitud que es en mí
deuda de mi pundonor.
De hacienda y de vida debo
á vos la conservacion.
Mil veces hubiera muerto
devorada de dolor
sin esta mano que al alma
con la esperanza alentó. (*Bésasela.*)

ESCENA IV.

DOÑA INES *vestida de blanco, y coronada de flores.* LA TORNERA. DOÑA MENCÍA. DON GUTIERRE.

Tornera. ¡Mírenla qué hermosa! Miren
del monasterio la flor,
la joya, la que de santa
tiene predestinacion.

D.ª Ines. ¡Mencia!

D.ª Mencia. Ven á mi lado,
Ines. (*Se sienta doña Ines.*)

Tornera. (*A don Gutierre.*) De orden superior,
que paseis vos á la celda
de la abadesa.

D. Gutier. Allá voy.
(*Vanse él y la tornera.*)

ESCENA V.

DOÑA MENCÍA. DOÑA INES.

D.ª Ines. Nada sabias ayer

del padre por quien suspiro;
¿qué males debo temer
hoy que en tu semblante miro
mas marcado el padecer?

D.ª Mencia. No: ningun descubrimiento
hice que mi llanto borre
ni que le dé crecimiento;
mas cada instante que corre
pierdo de esperanza ciento.

D.ª Ines. ¡No tendré la bendicion
de mi padre en este dia
de eterna separacion!
Darásmela tú, Mencia,
y con ella tu perdon.

D.ª Mencia. ¡Perdon me pides á mí
tú que mi víctima fuiste!
No me atormentes asi.

D.ª Ines. Tú mas que yo padeciste;
yo mas delincuente fuí.
¡Un padre á fieros sayones
entregado por su hija!

D.ª Mencia. ¡Inútiles reflexiones!
Esa acusacion prolija
no limará sus prisiones.

D.ª Ines. Cuando miro la violencia
de tu profundo pesar...

D.ª Mencia. Dios me dará resistencia:
mi pena no ha de durar
mas que dure mi existencia.
Y ¿qué he perdido? Un esposo.
¿Por qué le vi? ¿Por qué amé?
¿Por qué al asilo piadoso
que me llamaba marché
con paso tan perezoso?
Ya es mi amor obligacion;
sacro nudo ya me liga;
pásmete la admiracion;
no hay momento que no diga
la palabra: maldicion.
Detesto la noche aciaga
causa de mi amor funesto,
que ánimo y cuerpo me llaga;

mi triste enlace detesto
que horrores sin fin me amaga.
Y ¿cómo no detestar
un afecto que tal vez
halló en mi seno lugar
solo porque castigar
quiso el cielo mi altivez?
Usurpando principió;
pero pronto su conquista
con lágrimas la regó:
¡bien el corazon pagó
los deslices de la vista!
Fue mi suerte lastimera
la de amar para sufrir:
para amar de tal manera,
mas me valiera morir
antes que á Gonzalo viera.

D.ª Ines. O tú delirando estás,
ó no es tu lenguaje fiel,
ó negarme no podrás
que tu alma henchida de hiel
no supo querer jamas.
De haber sentido el amor
¡tener, por llanto que cueste,
ni despecho ni rencor!
¿Qué estraño lenguaje es este
con mas ira que dolor?
¿Me ves á mí revestida (*Levántase.*)
de este cándido cendal
que severo me intimida?
Pues aun mi pasion fatal
vive debajo dormida.
Y no evito que despierte
ni que turbe mi quietud,
pues grita en acento fuerte
que no ofendí á la virtud,
y á mí me burló la suerte.
Allá en la nocturna sombra
desvariando el deseo,
voz escucho que me nombra
y vago fantasma veo
que seduce mas que asombra.

De arrayan y de azucenas
le ciñe la noble frente
corona resplandeciente,
símbolo de amor sin penas,
tan feliz como inocente.
De la nieve la blancura
luce en su flotante ropa,
y con ojos de ternura
pone en mi mano la copa
del placer y la ventura.
Mas cuando voy á templar
en ella mi ardiente sed,
dentro me miro arrastrar
de una metálica red,
á las gradas de un altar;
y alli en caliz de afliccion
trocado el de goce puro,
bebo contra mi intencion
y en él el tósigo apuro
de la desesperacion.
Y al alzarme sobre el lecho
despierta por mi alharido,
aun en el cóncavo techo
resuena un nombre querido
que repito á mi despecho.
La dicha de que gocé
con mis fugaces amores
como relámpago fue;
las espinas y las flores
confundidas encontré.
Mas tengo recuerdo tal
de aquel tiempo delicioso,
que diera por tiempo igual
toda una vida glacial,
todo un siglo de reposo.
Y decirme necesito
mil veces á cada instante,
que ese nombre que repito
es de padre, y no de amante,
y que es mi pasion delito.
Que si delito no fuera,
si con el velo espiar

otro crimen no quisiera,
¿qué brazo tan fuerte hubiera
que aqui me obligara á entrar?
Dióme el retiro energía;
ya en fuerza y valor abundo...
(*Suena dentro una campana llamando á coro.*)
¡Fuerza inútil y tardía!
convulsion de la agonía
de quien muere para el mundo.
¿Escuchas esa campana?
Ella dobla por Ines,
que ya ni rival ni hermana,
su loca aficion mundana
vencida pone á tus pies. (*Póstrase.*)

D.ª Mencia. Alza.

D.ª Ines. Esa pared me ofrece
de un nuevo mundo la orilla:
si de las pasiones crece
al rededor la semilla,
dentro se agosta y perece.
Tú, en quien hoy la dignidad
sagrada de madre acato,
pide á la Suma Bondad
para esta frente que abato
el don de conformidad.

D.ª Mencia. ¡Hija mia!

D.ª Ines. La aversion
que nos separaba esquiva
espire en esta mansion,
y hoy en el cielo se escriba
nuestra reconciliacion.

D.ª Mencia. Sí, ven, y á gozar empieza
ya que antes sufriste el peso
de mi bárbara dureza,
hoy en este dulce beso
la efusion de mi terneza.

D.ª Ines. ¡Madre amada! (*Estréchanse cariñosamente.*)

D.ª Mencia. ¡Qué rubor!
El primero que le he dado.

D.ª Ines. Hoy es doble su valor.

ESCENA VI.

LA TORNERA. VARIAS RELIGIOSAS. DOÑA MENCÍA. DOÑA INES.

Una relig. Está todo preparado.
D.ª Mencia. Vuela al seno del Señor.
(*Levántase doña Ines, da un paso hácia el claustro, y se detiene mirándolo con terror.*)
D.ª Ines. Tiemblo... yo no sé de qué.
Ese claustro me da miedo.
Ven conmigo.
D.ª Mencia. Luego iré:
ni moverme ahora puedo.
Las relig. (*A doña Ines.*) Ánimo.
D.ª Ines. Dios me le dé. (*Vase con las monjas.*)

ESCENA VII.

DOÑA MENCÍA. LA TORNERA.

D.ª Mencia. De su flaqueza el asomo
me da pesadumbre suma:
por mal agüero lo tomo,
y un peso el alma me abruma
como una losa de plomo.
(*Quiere levantarse y no puede.*)
Clavada estoy al asiento.
¡Qué congoja, qué temblor!
Tornera. ¡Señora!
D.ª Mencia. No sé qué siento.
¡Ah!
Tornera. (*Tomándole una mano.*)
Le da un frio sudor.
D.ª Mencia. Faltándome va el aliento.
Tornera. ¡Favor! La comunidad
está en el coro...

ESCENA VIII.

CHACON. DOÑA MENCÍA. LA TORNERA.

Chacon. ¡Señora!

D.ª Mencia. No me dejeis.

(*Trémula y casi sin conocimiento lleva la mano á la bolsa que trae á la cintura, para sacar de ella un pomo: Chacon abre la bolsa y da á su ama á oler el espíritu que ella no acertaba á encontrar.*)

Chacon. Respirad.
Vos, madre, traed ahora
un vaso de agua: marchad.

Tornera. Corriendo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOÑA MENCÍA. CHACON.

D.ª Mencia. Esta angustia mia...

Chacon. ¡Voto á Juan de Marchamalo!
Valor.

D.ª Mencia. Siento mejoría.

Chacon. Si hallara asi don Ganzalo
á vuesarced ¿qué diria?

D.ª Mencia. ¡Cuándo, cuando le veré!

Chacon. Poco á poco el tiempo avanza,
y no creo yo que esté
tan lejos...

D.ª Mencia. ¡Vana esperanza!

Chacon. Pues yo acá la fundo...

D.ª Mencia. ¿En qué?

Chacon. Tiene un año muchos dias,
mucho un preso que sufrir;
se hartará de resistir,
y no aguardará al Mesías
que le venga á redimir.

D.ª Mencia. ¿Quién auxilio le ha de dar
si procura su evasion?

Chacon. Ahí entra el alambicar,
ó tener una ocasion
y saberla aprovechar.

D.ª Mencia. ¿Tú crees?...

Chacon. Como él batalle
probando de fuga modos,
preciso que al fin los halle.—
El mejor dia en la calle

me dice : acá estamos todos.

D.ª Mencia. Sueños.

Chacon. Usarced no atina
cómo yo el caso comprendo.
Don Gonzalo está que trina :
viene á darle un reverendo
una leccion de doctrina.—
El capitan echa el taco
de muerte, bufa, patea :
el fraile sorbe tabaco,
y en la exhortacion emplea
ya el grito, ya el arrumaco.—
Id noramala, fray Blas.—
Hermano, por san Dionís.—
Callad, voto á Barrabás.—
Que tiene el alma en un tris.—
Que le derriengo de un tras.—
Agárrale del gollete,
preséntale un argumento
de lógica de Albacete...—
¡Hermano! clama el pobrete,
¡guarde el quinto mandamiento!—
Desnúdese.—¡San Benito!—
Acuéstese.—¡San Marcelo!—
Déjese atar.—¡Santo cielo!—
¿No quieres callar, maldito?
Pues trágate ese pañuelo.—
Se viste, le abren la puerta,
ladea el rostro y se tapa,
sale, pasa por la huerta,
ve un jaco, monta y escapa
sin que ninguno lo advierta.

D.ª Mencia. ¿Te burlas de mi afliccion?

Chacon. ¡Burlarme de vos! ¡Jesus!

D.ª Mencia. ¿Se salvó? Por Dios, Chacon.

Chacon. ¿Y tendremos... patatús?

D.ª Mencia. Sácame de confusion.
¿Le has visto?

Chacon. Serenidad.

ESCENA X.

LA TORNERA, *trayendo un vase de agua.* LOS MISMOS.

Tornera. Aqui está...
Chacon. Ya no hace falta.
(*Llaman á la portería; la tornera deja el vaso en una mesa, y acude á la puerta.*)
¿Sabeis quién llama?
D.ª Mencia. (*Dando un grito.*) Él.
Chacon. Callad.
D.ª Mencia. El corazon se me salta
del pecho. Es él: ¿no es verdad?
Chacon. El es: juicio.
Tornera. Un religioso
quiere hablaros.
D.ª Mencia. Venga luego.
Tornera. Sí, dice muy afanoso
que es para asunto forzoso.
Chacon. Si es fray Tomás Villadiego.
D.ª Mencia. Dejádmele ver y hablar.
(*La tornera va á abrir.*)
Chacon. Dadme dinero ó la llave;
tengo un coche que ajustar.
(*Habla bajo con su ama, que le entrega una llave.*)
Tornera. (*A don Gonzalo, que sale vestido de fraile.*)
Allí está.
D.ª Mencia. (*Ap.*) ¡Oh Dios! no me acabe
mi gozo.
Chacon. (*A la tornera.*) Venidme á echar.
(*La tornera despues de haber despedido á Chacon se retira por detras de la verja.*)

ESCENA XI.

DON GONZALO. DOÑA MENCÍA.

(*Permanecen ambos inmóviles y en selencio hasta que se retira la tornera: abrázanse luego tiernamente.*)

D. Gonzalo. ¡Mencia!
D.ª Mencia. ¡Dulce esposo!

D. Gonz. ¡A verte llego.
D.ª Men. Tomad mi vida ahora, Dios clemente.
Mira, Gonzalo, mi marchita frente,
mira en lo que sufrí mi amante fuego.
D. Gonz. Ya termina ese afan.
D.ª Men. Mi dicha dudo.
¿Es cierto, es cierto que á mi bien abrazo?
Habla, y habla de amor. ¡Tu labio mudo
cuando acabó de nuestra ausencia el plazo!
D. Gonz. Si es menos halagüeño mi lenguaje,
repara en la ocasion y en el parage,
repara en mi disfraz.
D.ª Men. ¡Ah! te comprendo.
D. Gonz. Quebranté mi prision.
D.ª Men. Vienes huyendo.
D. Gonz. Vengo por tí. ¿Vacilará Mencia
en seguirme esta vez?
D.ª Men. ¿No soy tu esposa?
Tu voz espera la obediencia mia.
Salgamos de esta casa peligrosa.
D. Gonz. Mas peligro en la tuya me previenes:
acechada estarás. Víctima has sido
ya de la inquisicion, y pruebas tienes
de que no hay á sus ojos escondido
secreto ni lugar. A este he venido
cuando supe que en él te detenia
piadosa obligacion por todo el dia,
y aqui trazar nuestra partida puedo.
D.ª Men. Sea pronto.
D. Gonz. A la noche. Todavía
se ignorará mi fuga de Toledo.
D.ª Men. ¿Alli recluso en celda penitente?...
D. Gonz. Alli me condenaba la sentencia,
que mis jueces creyeron indulgente,
á maldecir diez años la existencia.
D.ª Men. ¡Diez años!
D. Gonz. Figurártelo pudiste
recibiendo la equívoca licencia
de nuestro enlace vergonzoso y triste.
Esos diez años de prision sin verte
eran sentencia para mi de muerte.
Reo ya de la vida despedido

fuí para el tribunal; mano de viuda
fue la que no estreché cuando la diste.

D.ª Men. Dios de nuestro penar compadecido
por fin el lazo desatado anuda
que nuestra dicha hará. No te recuerdes
dónde ni cómo se formó.

D. Gonz. Bien era,
bien era necesario que tuviera
mayor cariño que en sus años verdes
quien con alma de noble y española,
con la altivez de la conciencia justa,
con la arrogancia de soldado sola,
todo el orgullo de su frente adusta
rindió al querer de la muger que amaba,
y á muerte pronta, si de oprobio llena,
prefirió agonizar en la cadena,
prefirió un siglo de existencia esclava.
Yo vi una carta de pasion henchida
que me brindaba con tu mano hermosa,
solicitando en muestra cariñosa
que implorase una gracia aborrecida...

D.ª Men. Tímida, delirante, seducida,
tu libertad me figuré segura,
crédula al prometer de la impostura.

D. Gonz. Bien recelaba yo. «Será artificio
de la impiedad del tribunal notoria;
pero sacie, esclamé, su vanagloria,
y hagamos al amor el sacrificio.»

D.ª Men. Al sacrificio yo grata y sensible,
bien que ni con mi vida te le pago,
tú, Gonzalo, verás que satisfago
la parte toda de pagar posible.
Finos afectos que pedirme piensa,
discurre caprichosas invenciones
con que te dé mi amor la recompensa;
pídeme rendimientos, sumisiones,
delirios de abrasados corazones;
mas que codicie tu pasion avara,
mas mi agradecimiento te prepara.
Será mi afan adivinar tu gusto,
cumplírtelo será mi estudio y arte,
será ofenderte mi contínuo susto,

mi gozo verte, mi delicia hablarte,
mi único pensamiento idolatrarte.
Pendiente de tu amor la vida mia,
si le perdiera yo... me mataria.

D. Gonz. ¡Esposa!

D.ª Men. De tus ojos la influencia
ya en mí restaura mi vigor marchito:
muerta me tuvo tu fatal ausencia;
lozana con tu vista resucito.
Hasta los mismos hórridos agüeros,
hijos de nuestra boda tenebrosa,
que preludio de males verdaderos
creía en mi pesar supersticiosa,
ya de mi mente rápidos se alejan,
y en el nublado cielo que veía
sol de placer y viento de alegría
limpio el azul de la ventura dejan.
Ya otro cuidado el corazon no siente
que el de la fuga, cuyo instante tarda.
¿Dónde, cómo ha de ser?

D. Gonz. Oye: esta noche...

D.ª Men. Di, que nada contigo me acobarda.

D. Gonz. A las diez...

D.ª Men. Sigue.

D. Gonz. Detenido un coche.
junto la ermita habrá de San Vicente.

D.ª Men. Allí estaré á las diez.

D. Gonz. Y ¿no podria
llevarme allí tambien mi esposa cara?...

D.ª Men. ¿Qué deseas?

D. Gonz. La dulce compañía...

D.ª Men. ¿De quién?

D. Gonz. Mis juveniles estravíos
pienso que sabes.

D.ª Men. Tu intencion declara.

D. Gonz. Produjeron aquellos amoríos...

D.ª Men. Pero...

D. Gonz. Ya para siempre nos separa
nuestro destino del hispano suelo.
No ver, no conocer á la hija mia
me llena el corazon de desconsuelo.
Soy padre.

D.ª Men. (*Mirándole con estrañeza.*)
Al punto la verás.
D. Gonz. ¿Y dónde?
D.ª Men. Aqui.
D. Gonz. ¡Oh placer!
D.ª Men. Con ánimo devoto
quizá en este momento que lo digo
su frente humilde bajo el velo esconde,
y á Dios se enlaza con estrecho voto.
D. Gonz. ¡Prenda del corazon! yo te bendigo.
Purifiquen tu cuna tus virtudes.
D.ª Men. Tu bendicion merece y la del cielo.
D. Gonz. ¿Ella recibe con Ines el velo?
D.ª Men. Es Ines.
D. Gonz. Imposible.
D.ª Men. No lo dudes:
hija tuya es Ines.—¿En quién pensabas
encontrar esa hija que llorabas?
D. Gonz. Sin luz alguna que mi norte fuera
creí que tu apellido la encubriera,
y que su origen á saber llegaste
como deuda cercana y compañera.
Cuando el billete vi por mí trazado
de esa infeliz el nombre me ocultaste,
y allá en la soledad del monasterio
soltando riendas á la mente incierta,
ya habitante del índico hemisferio,
ya en tierna edad la imaginaba muerta.
D.ª Men. Vive; y un sentimiento equivocado
confirma la verdad que has escuchado.
De Beatriz Coronel Ines nacida,
fue la tierna aficion que te inspiraba
impulso de la sangre conmovida.
D. Gonz. No era Beatriz á la que yo adoraba.
D.ª Men. Tú me confundes. El papel que viste
¿no fue para Beatriz? Tú lo dijiste.
D. Gonz. Fue esa muger de mi amorosa llama
protectora solicita y prudente,
amiga de Leonor, y no mi dama.
D.ª Men. ¡Leonor! (*Ap.* Me da cuidado este accidente.)
D. Gonz. Mal mi dolor acerbo pintaría
de esa carta el lenguaje indiferente

cuando yo de Leonor me despedia.
D.ª Men. El apellido de Leonor...
D. Gonz. Lo ignoro.
El velo del misterio mas profundo
su flaqueza encubrió, y á su decoro
no se atrevió ni con malicia leve
la lenguaráz murmuracion del mundo.
D.ª Men. Su patria...
D. Gonz. Lima.
D.ª Men. Lima...
D. Gonz. Tiempo breve.
nuestro cariño fiel vivió tranquilo.
Busqué los brazos de mi amada bella
una vez y otra vez en el asilo
que los suspiros de los dos oía,
y una vez y otra vez alli sin ella
me vió la noche, y el luciente dia.
La perdí.
D.ª Men. ¿Te olvidó?
D. Gonz. Nos separaron.
D.ª Men. Lejos quizá de Lima...
D. Gonz. La casaron.
D.ª Men. ¿Dónde?
D. Gonz. En Méjico.
D.ª Men. ¡Oh Dios!
D. Gonz. En ti suscito...
D.ª Men. Solo curiosidad. Di.
D. Gonz. Vez postrera
fue que nos vimos cuando el rostro lleno
de lágrimas, tributo del delito,
me reveló que ya su triste seno...
D.ª Men. Y de ese amor la prenda lastimera...
D. Gonz. Sin sospecha en el mundo recibida,
fue de un nombre usurpado la heredera.
D.ª Men. ¿Qué nombre? ¿Descubrístelo?
D. Gonz. En mi vida.
De Leonor estorbómelo el recato
y el ruego de Beatriz y mi partida.
D.ª Men. ¿Qué años debe contar la desgraciada
que debió el ser al delincuente trato?
D. Gonz. Veintiseis.
D.ª Men. (*Ap.*) ¡Es mi edad!

D. Gonz. Estás turbada.
D.ª Men. (*Aparte.*)
Leonor, que ha sido su segundo nombre...
La carta con las suyas encontrada...
D. Gonz. ¿Qué puede haber en esto que te asombre?
¿Qué puede haber que temas?
D.ª Men. Mal tan grave,
que posible no mas en mí lo creo,
si es que en humana desventura cabe.
(*Sus inciertas miradas, que espresan su inquietud, se detienen en el retrato que está sobre la mesa.*)
Si en vez de ese retrato, aquí pudiera
otro manifestarte que poseo,
una mirada tuya destruyera
ó colmara la angustia en que me pones.
D. Gonz. ¿Qué retrato importaba que yo viera?
¿De quién es ese?
D.ª Men. De Beatriz.
D. Gonz. ¡Qué dices!
Registrándolo empiece mi deseo
de penetrar tan hondas confusiones.
(*Lo descubre.*)
D.ª Men. ¿Se truecan por hechizo sus facciones?
D. Gonz. ¡Cielo santo! Leonor es la que veo.
D.ª Men. ¡Infelices nosotros, infelices!
D. Gonz. Es Leonor, mi Leonor.
D.ª Men. Di que te engañas:
miente, engáñame á mí.
D. Gonz. ¿Qué hay que te aflija?
D.ª Men. ¿Con que fue esa muger?
D. Gonz. Mi amor primero.
D.ª Men. Esa misma me tuvo en sus entrañas.
D. Gonz. ¡A tí!
D.ª Men. A mí sola.
D. Gonz. ¡Ser á quien imploro!
¡Tú, desdichada, tú!
D.ª Men. Yo soy tu hija.
D. Gonz. Ten el labio. ¡Qué horror!
D.ª Men. Decirlo quiero.
Yo soy tu esposa.
D. Gonz. Calla.
D.ª Men. Y yo te adoro;

que en tí un amor inestinguible puse.
D. Gonz. Deja que alumbre la razon tu mente.
D.ª Men. Deja que al cielo blasfemante acuse
que con mi corazon juega inclemente.
Solo á un hombre hasta mí llegar consiente,
solo por él inflama mi tibieza,
y hallando su placer en mi congoja,
en los brazos del único me arroja
cuyo amor me vedó naturaleza.
Llena, cielo enemigo, tus furores,
y acaba con un rayo mis amores.

ESCENA XII.

DOÑA INES, *ya con el hábito de profesa.* VARIAS RELIGIOSAS. LA TORNERA. DOÑA MENCÍA. DON GONZALO.

D. Gonz. ¡Ines!
D.ª Ines. El sacrificio he consumado.
D.ª Men. ¿Dónde me oculto?
D.ª Ines. ¡Santo Dios! ¡qué miro!
No es ilusion, es él.—¡Padre adorado!
De gozo al veros y de pena espiro.
¡Padre! (*Va á abrazarle.*)
D.ª Men. (*Deteniéndola.*) Aparta.
D.ª Ines. Tu acento delirante...
D.ª Men. Apártate, muger, ese es tu amante,
de cuya fé leal te he despojado.
D. Gonz. Cesa.
D.ª Ines. ¡Qué espanto el corazon me inunda!
D.ª Men. El infierno á mi amor ha presidido.
D. Gonz. Ven.
D.ª Men. A mi padre encuentro en mi marido.
D.ª Ines. La cólera del cielo te confunda.

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS. UN COMISARIO *y* ALGUACILES *de la inquisicion.*

Comisar. (*Dentro.*)
Paso á la inquisicion: franca la puerta.

3 0112 117474541

Todos. ¡La inquisicion!

(*Terror general: la tornera va á abrir.*)

D.ª Men. ¡Jesus!

D. Gonz. ¡Ah! me han seguido.

D.ª Ines. (*A la tornera.*)
No abrais.

D. Gonz. Abrid.

D.ª Ines. Su perdicion es cierta.

D. Gonz. Vengan esos verdugos: los espero.

(*Saca un puñal.*)

(*La tornera abre: el comisario y los alguaciles se precipitan en el locutorio.*)

Comisar. Prended al fugitivo; desarmadle.

D. Gonz. Solamente, canalla envilecida,
su cadáver tendreis.

(*Va á herirse: doña Mencía le detiene.*)

D.ª Men. Suelta ese acero.

D. Gonz. Quita.

(*Mientras don Gonzalo y doña Mencía forcejean asidos del puñal, los esbirros se apoderan de don Gonzalo. El puñal queda en manos de doña Mencía.*)

D.ª Ines. Yo espiro.

(*Cae desmayada en brazos de las religiosas.*)

Comisar. A su prision: llevadle.

D. Gonz. ¡Mi prision!

Comisar. Durará lo que tu vida.

D. Gonz. (*A doña Mencía.*)
¿Lo ves? Ese puñal me libertaba.

D.ª Men. Su lugar es aqui, y aqui se clava.

(*Atraviésase el pecho, y cae muerta. Don Gonzalo y las religiosas lanzan un grito de horror.*)